

# Nº14 Mayo 2023

Mi voz cambia de luto,  
mientras mis ojos parpadean  
y juegan a ser miedo:  
no puedo callar la palabra definitiva.

**Nelson Eric Castillo Inostroza**



**En este número**

Laura Susana Ortiz

Pilar Pérez Viñuales

Tomás Jiménez

M<sup>a</sup> Carmen Marruecos

Héctor García Pérez

Rafael Istúriz

Gaby Mardan

Carmen Martínez

Christiane Ventre

Jose Julio Palma Cantón

C. A. Campos

Concha Mora Olmedo

Susana Mabel Lizzi

Alicia Álvarez

Raúl Allain

Rolando López

Leslie Angulo

Espartaco

Dragón Errante

Augusto Romo

Xiomara Lemas Ruiz

Óscar Árias Rodríguez

Maximiliano Sacristán

Antonio Ramírez

Yuleisy Cruz Lezcano

Rocío García

Francesco Profilo

Víctor M. Válido

Mauricio Abal

# Elegir Camino

**ROQUE NUBLO, LAS PALMAS DE GRAN CANARIA**

**FOTOGRAFÍA: KÉVIN LEGRÁ**

# UVAS VIOLETAS

Eran las uvas violetas más dulces, redondas y deliciosas, las que en el aquel bar nos servían de postre, lugar donde tuvimos nuestro primer encuentro porque nos empeñábamos en evadir al destino, pero lo que no sabíamos era que por más que lo intentásemos nuestra historia ya estaba escrita.

Pudo haber sido la luz baja, la música instrumental, la decoración rústica, ese pequeño espacio, o simplemente la calidez de la compañía lo que hizo especial aquella noche de las demás. Nos embriagamos de sueños, de sonrisas con aquellas uvas violetas, violetas como tu color favorito, salimos agarrados del corazón e iniciamos nuestro recorrido por este mundo.

Me diste tu fortaleza, tu confianza, las partes que aún te quedaban sin entregar de tu alma, me transmitiste tu espíritu aventurero. Yo te di mis sueños, mis anhelos envueltos en timidez mis ganas de creer que siempre nos espera algo mejor, pero por sobre todo mi alma intacta.

Con cada anécdota que fuimos construyendo, nos llenábamos de risa al recordarlas, inclusive ahora me quitan una sonrisa de vez en cuando al pasar por mis recuerdos. El tiempo no nos perdonó, vino a dejarnos sus miedos sus inseguridades. Las uvas perdieron su vigor, se tornaron pálidas, agridulces. Nuestra mesa se cubrió de tristeza, ya no nos encontrábamos al mirarnos, nos soltamos de las manos.

Retomaste tu rumbo antes de mí, yo busqué el mío atravesando los caminos más intransitables que pude conocer con el dolor a costas al sentir que algo tan importante termina.

Guardo del tiempo que compartimos, la madurez que me dejó la experiencia me hace compañía tu recuerdo que son pequeñas capsulas de alegría que me levantan el ánimo cuando más lo necesito.

Camino a solas hacia el horizonte de atardecer violeta que me recuerda que quedará siempre algo tuyo dentro de mí.



# Laura Susana Ortiz

## Con Voz de Mujer

## Editorial Feminismo y soledad

Decía Nietzsche que la verdad no se colgaba del brazo de ningún incondicional. Cada asunto tiene su aquel y no es conveniente mirar las cosas desde el blanco o desde el negro, si bien cada cual lo hace normalmente desde el lugar en que se encuentra y los intereses que tiene en ello. Caídos los dogmas, llegan ahora los axiomas donde se juega la supervivencia de nuestra sociedad tal y como la conocemos. Por supuesto, dado un axioma se busca un lugar y de allí se construye hacia cuotas de poder, se establecen dogmas y cultos y se trata de ser lo más hegemónico posible, pues el poder, aún corrupto, pretende perpetuarse. No faltarán los incondicionales, agitadores de bandera y pancarta, en un juego cada vez más parecido al todo vale, con las redes sociales como lugar de encuentro y confrontación.

El feminismo, digamos en su tercera ola, no escapa, como movimiento que pretende la hegemonía, a esa lucha donde los perdedores son normalmente los que juegan limpio y quieren o tienen un pensamiento crítico, que relativiza y sabe que esto va más bien de territorios, con sus almas, como decía Gogol. Desde unas justas reivindicaciones económicas y sociales, se ha construido un discurso que ha polarizado la sociedad en torno a él. Con frecuencia, para estar a salvo, es preciso agitar la bandera de forma incondicional, no ser tibios, y ni siquiera políticamente correctos. Nuevamente, nos pretenden no muy listos y se trata de un discurso que saca todas las miserias humanas, de los propios y extraños, de tal forma que, si no entramos en las cuotas y repartos, tengamos el discurso de víctima garantizado.

Conozco mujeres que ya están cansadas de la polarización, de un discurso muy de pancarta pero que la realidad sesga por las propias mujeres realidades ajenas al discurso igualitario, también, como en cada lucha, con sus vencedores y perdedores, aun dentro del propio feminismo. El levantamiento generalizado de la protesta queda como lo más notable, dado que no conoce fronteras, pero en el aquí y ahora se diluye ante la necesaria cooperación entre sexos, sin la cual la sociedad no puede funcionar. Luego la polarización, aun universal, ya es un sesgo.

Reiteramos la justicia necesaria para vencer los techos de cristal, para igual salario por igual trabajo y la necesidad de dar cauce a la carrera profesional de las mujeres y de no dejar en ellas la responsabilidad del cuidado de niños y ancianos. Pero en las relaciones sociales no aplica y sigue existiendo la guerra de sexos y el tratar a los hombres según la cantidad de poder que tienen, la sexualización de los cuerpos, la dramática soledad de los hombres b (que quizá tendrían algo que decir). Luego a pesar del feminismo, y de su pretendida hegemonía, estamos lejos de la igualdad. La misma Mary Beard no niega este contexto aquí señalado y lo presume eterno.





DANIEL COLLADO AZORÍN

## Cartas al editor

Gracias, Daniel Collado, por publicar mi texto en la revista. Si es posible me gustaría optar a colaborar en próximos números, cuando se admitan más aportaciones. Mis otros textos son similares en extensión y en cualidades literarias, entre el ensayo y la indefinición filosófica, no adscritos a un género particular. Prefiero clasificarlos como pequeños ensayos literarios que como meros artículos, pero en el fondo poco importa cómo catalogarlos. Si tienen alguna buena acogida por parte de los lectores es suficiente recompensa. Estos breves escritos son mi expresión artística y literaria, mi creación y la manifestación de mis inquietudes espirituales alimentada por la lectura de mis clásicos de la literatura y el pensamiento. Creo que se ajustan a lo que propone la revista y no incumplen sus expectativas ni incurren en inconvenientes graves, por lo que explicas en los motivos por los cuales rechazas algunos de los textos. Ahora bien, el principal mérito que, que es el interés que puedan tener para los lectores, eso no lo conozco en absoluto, pero es imprescindible para que algo sea digno de ser publicado: algunos lectores, suficientes, interesados en leer el texto, simplemente. Y escribir es ser fiel a mí mismo, sin poder apartarme de lo que soy encontrar un lugar en el que pueda ser aceptado. Agradecimientos,

**Esteban Rodríguez  
Arroyo**

## Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº14 MAYO 2023

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378  
Caminante (Madrid) Edición mensual

en papel de 20 ejemplares de 44 páginas  
a todo color. Precio: 8 euros

**Distribución gratuita vía email a los 5 continentes,  
previa solicitud. 450 lectores directos,  
3108 seguidores en facebook**

La Revista Caminante  
no se hace responsable de las opiniones y  
redacciones de los autores que la  
componen. La participación es libre y no  
remunerada. Los textos e imágenes enviados  
están sujetos al criterio del editor. El autor  
conserva los derechos sobre su obra.



***ROQUE NUBLO,***

***Las Palmas de Gran Canaria***

**KÉVIN LEGRÁ**

# MADRE

■  
Madre, hazme una coleta en el pelo  
que quiero sentir el trenzado de mi alma  
en tus delicadas manos de aurora.  
Madre, acaricia mi larga melena  
no una, sino mil veces  
para añorarte en un millón de amaneceres.  
Madre, que tus dedos enhebrén mis cabellos  
como el río se desliza hacia el mar  
acunando mi indefensa pequeñez  
con la ternura de tu paciencia.  
Madre, que no dejes de sonreírme  
cuando me vuelvo hacia ti  
y te digo, muy quejica,  
que me estás haciendo daño  
porque es tu infinito silencio de amor.  
Madre, que tus mañanas luminosas  
sean mis noches sin luna llena,  
que tu dulce voz aplaque mi temores  
que quiero sentir ese calor estival  
cuando contemplas, orgullosa,  
mis rizados mechones negros  
que día tras días vas tejiendo, con mimo,  
como las enredaderas de tu jardín  
Madre, que quiero mirarte a los ojos  
y decirte que no me dejes nunca  
porque seré un barco a la deriva,  
sin un timonel que marque el rumbo.  
Madre, te lo ruego,  
tréñzame el pelo una vez más  
que quiero morir entre tus brazos  
sin miedo al olvido,  
sorbiento a dentelladas  
la evanescente fragilidad de la vida  
con ese sabor acaramelado  
de tu hermoso y eterno recuerdo.

**PILAR PÉREZ VIÑUALES**

# Restos y siluetas

*El Bolívar de mi pueblo reposa sobre el soporte que le fue dispuesto en el parque principal. Así es en cada región de Colombia. La estatua de un hombre se ubica en el centro del lugar más concurrido para enaltecer los valores de la libertad. Fría, rígida y diligente nos obliga a reconocer una emancipación que nunca ha sido auténtica. Se guarda en ella una dignidad alejada de la gente y una virtud que no reconozco.*

*Me parece que su verdadera función es la de dar reposo a las palomas y desmejorar el aspecto del paisaje. Es una suerte de burla hacia el anhelo que tiene el país por abandonar las atrocidades que lo han desgastado por más de cincuenta años. Lo único que hacen estos símbolos es mancharse con las frustraciones y los recuerdos que cargan a sus espaldas quienes cruzan frente a ellas. Su falsa ilusión los colma de una mugre que es mucho más pesada y difícil de limpiar que la generada por el óxido y el polvo: el abatimiento.*

*Las huellas de quienes las construyeron se han perdido. La vida de sus familias está colmada de pesares. Estas esculturas son restos del dolor ardiente de sus subordinados, efigies sin virtud. Símbolos de guerra, que blanden sin alteración, una espada que se ha transformado en fusil. Representaciones descaradas del líder orgulloso de un pueblo sin rumbo. Ideal sería representar la verdad de lo que hemos vivido. Escarbar la tierra y construir con los restos de nuestra historia una silueta que admirar. Un tótem gigante donde se coloque a las hermanas, a las madres, a los hijos; a las ausencias. Uno que transforme el dolor de quienes lo observen. Que calme su cólera y modifique sus recuerdos. Un ídolo que viva, que se escuche, que se modifique y que crezca. Que no monte sobre un caballo, sino que camine sobre la tierra y con sus pies la sienta, la sufra y la ame.*

*Espero que estos fundadores de cobre observen desde sus pedestales el futuro que crearon. Anhelo que vean las pesadas sombras que se aferran a cada habitante del lugar, las absurdas historias que narran los agujeros en los muros, los pedazos de vidrio roto olvidados en las ventanas, las memorias que se reproducen en la calle y que se proyectan disueltas en el dolor de los que quedamos. Deseo que los ideales que quieren exhibir estas estatuas se deshagan, junto con ellas, en la rabia y el hartazgo de la gente que las mira; que su material se mezcle al ritmo del clamor del pueblo y que con él se cree algo nuevo que brille de verdad. Un faro que nos guíe hacia el mañana.*



# TOMÁS JIMÉNEZ

# OLVIDO



**El olvido involuntario  
quiebra toda defensa y el  
ser humano se desvanece.  
No hay nada ante el espejo.  
Estudio e investigación  
para más control y  
protección.  
Sin duda el calor humano,  
sin condicionantes, es  
imprescindible.**

**M<sup>a</sup> del Carmen  
Marruecos  
Alonso**

## Vientos de Guerra

**Absurdo y violento viento,  
que arrastró tus cenizas  
por el campo de batalla.**

**Cómo no te diste cuenta,  
que tras las banderas y su patria,  
solo existía la nada.**

**Tan incauto, tan ingenuo,  
cómo no viste que matar o morir  
por la gloria de sus medallas,  
no era comparable  
al amor de una madre y una  
hermana.**

**Mugroso y asqueroso viento,  
que azota con fuerza mi cara  
y me recuerda día tras día,  
la patria que me privó por siempre,  
de tu mirada.**

**Héctor García Pérez**



**A TI, MAMÁ***Daniel Collado Azorín*

A ti mamá, que estás en el cielo,  
quiero dedicarte una canción, un verso:  
la melodía del corazón que tú creaste  
y que cantaré siempre, al recordarte.

Sé que me ves, aunque no pueda mirarte;  
sé que me oyes, aunque no pueda hablarte;  
sé que te llevo, aunque no pueda quererte.  
Sé que te guardo, para que no desespere.

Encontrar el camino,  
seguir la idea:  
nada es sin sentido  
aunque muera, aunque muera.

Lo que de ti en mí vivía,  
tarde lo he aprendido:  
tu palabra es carne en mis sentidos;  
en mi corazón tu ejemplo es alegría.

Ahora que ya eres eterna;  
ahora que hombre soy y no niño,  
permíteme hoy desde el cariño,  
permíteme que te quiera.

A ti mamá, que estás en el cielo,  
quiero dedicarte una canción, un verso:  
la melodía del corazón que me diste  
y que agradeceré siempre, porque vives



**IN MEMORIAM**  
**Berta Azorín Muñoz**  
**(1935-2013)**

# EL TIEMPO

*Rafael Istúriz*

El tiempo... únicamente él sabía cuándo y cómo pasarían los hechos; tan solo él en su grandeza y sabiduría que alguien como yo lo llamaría burla; sí, una maldita burla a la presura. La rapidez de las manecillas inquisitivas, el sonido absurdo del tic-tac, las flechas que apuntaban a un cementerio de minutos, la aceleración constante de los segundos que espiraban sin dar permiso a réplicas. Maldito sea el tiempo.

Tiempo. Tiempo era lo que no tenía en este día desesperante. Hubo alguien que en alguna oportunidad señaló que la juventud se malgastaba en los jóvenes, y otro que dijo que era relativo. ¿Qué más relativo que ese asqueroso tic-tac que sonaba al fondo de mi habitación? No se detenía, ni era compasivo, ni pedía permiso, ni admitía reproche, hacía lo que le daba la gana, él solo seguía y ya. Maldito sea el tiempo.

Me levanté con retraso, que triste por mí. Un mal chiste para una persona amante de la puntualidad que se acostumbraba a la rutina. Podía decir que falté porque el tiempo era injusto e inclemente; que llegaría tarde, muy tarde, pero eso sería una vil mentira. Acortaría el tiempo tratando de engañar a las malditas manecillas. No me bañaría, lo haría al regresar; no comería, estaría en la calle y degustaría algo en el camino. No existía forma de librarse de él. Arribaría a deshora de todas maneras. Maldito sea el tiempo.

Ese tic-tac frustrante que marcaba las ocho y treinta de la mañana. El espantoso e insoportable sonido, el desgraciado reloj de madera y el rechinante ruido característico de su imponente avance. Su aceleración constante me obligaba a realizar mis acciones con rapidez: planchar, tres minutos; vestirme, cinco minutos; cepillar los dientes, dos minutos; peinarme y perfumarme, tres minutos. Pero era él, el envejecido cronómetro de madera detrás de la puerta de la cocina, quién juzgaba mis cálculos; solo él calificaba mi arrogancia al retarlo. Cuándo observé la susurrante alarma, transcurrió unos treinta minutos, las nueve en punto. Maldito sea el tiempo.

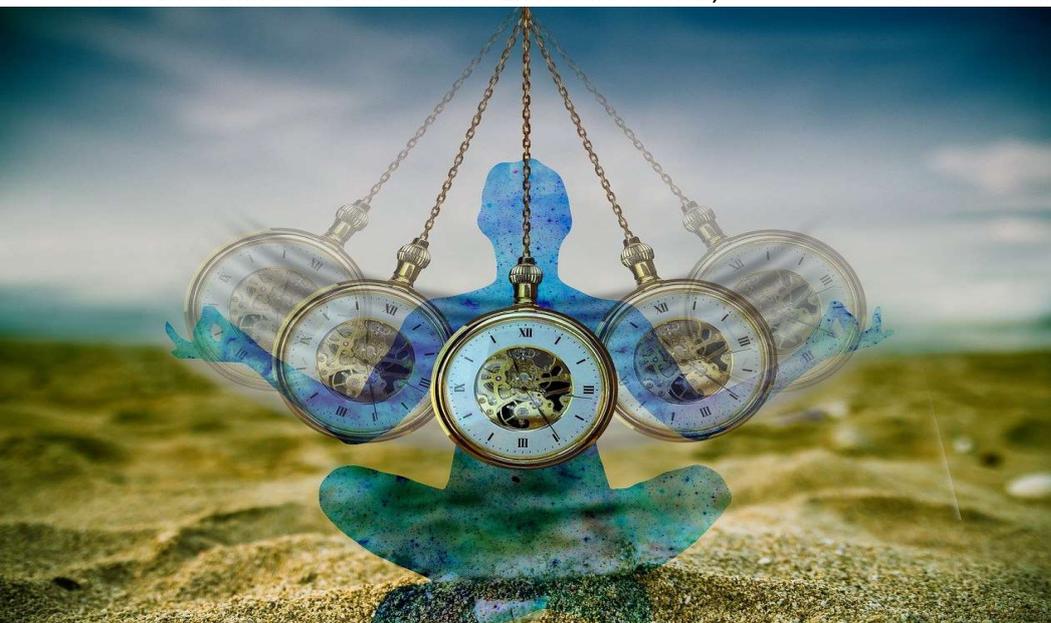
Pero ¿cómo era factible?, ¿cómo demonios era posible que mis cálculos hubiesen fallado?, ¡¿cómo?! Eran solo trece minutos. Lo realicé con anterioridad, entonces, ¿por qué fallé?, ¿en qué se me fue el tiempo? De igual forma, era tarde. Debía llamar para avisar sobre mi tardanza, aunque mi celular se empeñó en mostrarme la obra del maestro supremo dueño de los preciosos segundos, las nueve y dos de la mañana. Era irónico, al ver lo que me quedaba de batería. El hecho de prenderlo y observar la estorbosa señal de la hora. No alcancé a desbloquear el celular, se apagó de inmediato. Maldito sea el tiempo.

Lo cargué dos minutos con el fin de ver la inclemencia de los segundos en mi recorrido. Lo encendí. Suficiente carga para torturarme en el camino. Observé la hora, las nueve y trece de la mañana. ¡Maldición! Lo que me pareció dos minutos, fueron diez. Unos mensajes del día anterior a los que no presté atención. Maldito Einstein y su maldita relatividad. Maldito sea el tiempo.

Tomé las llaves y salí desesperado. En mi camino, la muchedumbre se atravesaba. Las personas parecían andar con lentitud. En ese instante, me preguntaba: ¿por qué no se expendían licencias para caminar? Soporté el paso de la señora de ochenta años que no daba permiso. Grité al oído sordo de la anciana mi desprecio a su pasividad irritante, mientras volteaba, en su rostro dibujaba una sonrisa de inocencia preguntándose: ¿quién era yo? Un idiota más que quería rebasarla. La madre de dos monstruos, uno a cada lado de su humanidad, y el falso: permiso por favor escapando de mi boca con ira. El gordo extravagante que transitaba inconsciente de su voluminoso cuerpo. La pareja de novios agarrados de manos que caminaba con deleite e indolencia. Los idiotas que observaban vitrinas de tiendas sin dejar espacio. ¡Malditos todos! Sabía que en algún

momento había sido como ellos, un ignorante de la presura ajena, un imbécil que miraba vitrinas de tiendas sin entrar; y que tal vez llegaría a ochenta años y sería un decrepito asqueroso; y que quizás la ilógica idea de repartir licencias para caminar no funcionaría, pero eso no significaba que no lo pensara. Maldito sea el tiempo.

Mientras que mi inclemente enemigo avanzaba, yo contaba los minutos a mi destino. En un día normal, la



caminata de mi casa al subterráneo me tomaba cinco minutos. Pero hoy, el maestro del tiempo se empeñaba en hacerme llegar tarde; siete minutos fueron al cementerio, demostrando que yo era un inepto en el juicio de los segundos. Maldito sea el tiempo.

Bajé las escaleras con prisa, con la misma velocidad que poseía un haz de luz cruzando el universo. Cuando llegué al andén, me tocó esperar el próximo tren. Un cartel anunciaba la hora, y en él se mostraba un mensaje que me llenaba de rabia, tres minutos para el siguiente arribo. Alguien como yo tan meticuloso, tan cuidadoso, el llegar tarde no era una ofensa a la persona que me esperaba, no; el insulto de Crono era hacia mí. Maldito sea el tiempo.

Calculé la duración del viaje tomando en cuenta las seis estaciones. Tres minutos por estación y quince segundos de parada. Cuando subí al tren, los tres minutos que anunciaba el cartel se convirtieron en cinco. ¡Maldito retraso! No era raro el pésimo servicio del subterráneo en mi ciudad. Lo que para mí eran tres minutos, se transformaron en cinco, y los quince segundos, que por ignorancia me atreví

a calcular, fueron dos minutos. Maldito sea el tiempo.

Todo aparentaba una conspiración en mi contra. El mundo parecía hostil y decidido a destruir mi objetivo principal de llegar al lugar pactado. Mi odio inconsciente hacia la sociedad se despertaba. Desesperado y molesto, sentía la necesidad de soledad, rodeado de personas desconocidas era imposible tal hazaña. Cómo me desesperaba ser tocado en esos momentos de furia. El roce más ligero era síntoma de provocación, de insulto, de barrera. Además, me hacía perder la concentración para buscar una posible excusa al insultante retraso. Maldito sea el tiempo.

Sabía que detrás de mis pensamientos guardaba mi verdadera personalidad calmada, pero en días como estos, en los que el tiempo era el enemigo, mis ideas psicópatas vagaban buscando alguna víctima. La señora que traía en brazos al niño que lloraba, esa otra que deslizaba su extremidad sudorosa por

la agarradera en dirección a mi mano, el hombre del bolso que tocaba mi espalda, ese otro sujeto gordo que colocaba su inflado estómago a un lado de mi cintura. ¡Malditos todos! Maldito sea el tiempo.

Al fin llegué a la estación esperada. Ahora tenía que buscar a la persona de mi cita. Tomé el celular, y cuando me dispuse a llamar, leí los mensajes del día anterior. Uno de ellos relatava lo siguiente: Amor, llegaré tarde mañana.

# ODIÉMONOS DULCEMENTE

Gaby Mardan

Odiémonos dulcemente,  
reprochemos con elegancia.  
Finjamos indiferentes  
con educada arrogancia.

Fuimos amantes antes  
y tu enemigo soy hoy.  
El desprecio que te doy  
es el precio del desplante

Seamos civilizados  
para darnos el portazo.  
Nunca diremos fracaso.

Ternuras nos han quedado  
que nos tienen encadenados  
por eslabones de abrazos.

**y desde entonces,  
solo nos queda tiempo.**

**La ciudad se pinta  
de sueños expropiados,  
de aves en trance,  
de lunas de cristal.**

**Oigo pasos,  
tu forma de caminar.  
La sorpresa en tu rostro.  
El cielo colándose en tus ojos.**

**Solo nos queda el tiempo.**

**Hace frío y tumbada  
bajo la lluvia  
alzo la copa  
y brindo por ti.**

# Carmen Martínez

## SOLO NOS QUEDA EL TIEMPO

**Me siento a observar la vida  
cómo pasa a trompicones  
entre sorbo y sorbo,  
entre sombras y soles.**

**Hace frío y llueve, lo ideal  
para escuchar una canción triste  
y esconderse entre la basura  
de los miserables.**

**Me perdí en la orilla  
de un abrazo cotidiano**



*Pilaf S.*

# LA GALERÍA

La galería es un espacio de longitud diversa donde los artistas plásticos (pintores, escultores, fotógrafos, ilustradores) pueden mostrar al público sus obras



*El Maestro,*

*Óleo sobre tela 40x30cm*

# CHRISTIANE VENTRE



*Flamenco*

*Óleo sobre tela*

*40x30cm*

# La cura universal

—«La curación por el tomate». Bueno, me recuerda aquellas dietas basadas en el limón que ocasionaron tantos problemas hace unos años.

—Usted perdone, pero no tiene nada que ver. Se trata de un estudio serio, científico. Comprobado durante diez años de riguroso seguimiento y basado en la bioquímica más avanzada.

—Nosotros no somos una gran editorial y tenemos que ir con mucho cuidado con lo que publicamos. Cualquier traspie nos puede llevar al traste.

—Pues por eso mismo. Este libro será un superventas.

—¿Me permite hacerle una pregunta un poco personal, pero que puede estar relacionada con el posible éxito del libro?

—Por supuesto.

—¿Usted y su familia gozan de buena salud?

—Seré sincero: la enfermedad se ha cebado en mi familia. Mi mujer tiene cáncer, un hijo tiene sida y yo tengo una enfermedad rara e incurable que en poco tiempo se me llevara. Muy triste, muy triste...

—Permítame que le diga que parece una contradicción.

—¡No, no señor! En mi familia somos alérgicos al tomate.

## José Julio Palma Cantón

### QUE NO SE VAYAN DE MIS OJOS

Que no se vayan de mis ojos esos pájaros,  
esas flores,  
esos soles.

Que no quede huérfano de imágenes,  
de músicas, de fechas.

No quiero quedar, no quiero quedar  
de ninguna manera sin guerras,  
sin árboles,  
sin ríos,  
sin ventanas al mundo.

Que no quede con aristas de silencio,  
con el corazón de vidrio,  
con una triste balanza para pesar el frío  
o como un erial  
atravesado por un aliento de fantasmas.

Que sea siempre hermoso sentirse vivo  
entre los hombres  
y no morir para la amistad  
ni el amor.

Que mi luz en movimiento siga teniendo  
verde,  
rojo  
y azul.

Que pueda siempre levantarme  
entre los escombros  
en pie de danza  
para sentir ese viento inaugural  
y esa intransferible plenitud victoriosa.

## Espartaco

CAMIN

# nuestro número

el mundo se ha convertido en un aula  
sin inocentes, sin docentes;  
en una sala de espera, donde, aislados,  
desinfectamos y nos lavamos hasta hacernos daño,  
donde nos sentamos o damos vueltas alrededor  
del sillón (dizque para hacer algo)  
hasta cansarnos, hasta ponernos tontos,  
como si finalmente hubiésemos comprendido:  
humor tomado muy en serio,  
signo de interrogación tomado  
por signo de exclamación o viceversa,  
búsqueda minuciosamente infeliz de la felicidad,  
donde, no obstante, hincándonos o arengándonos,  
emborrachándonos o poniéndonos a dieta  
buscamos del favor de los dioses,  
de las brujas y los muertos,  
de los amargos remedios caseros,  
para que podamos luego entonces  
seguir en esta aula,  
esta celda de monje,  
en esta higiénica sala de espera:  
la cual hemos arreglado no necesariamente  
a nuestro gusto,  
y así no llamen nuestro número  
—los nombres (los hombres) son poco de fiar,  
y no llegue el turno de nosotros  
en esta eterna fila de afán,  
de ojalá, de pan,  
y nunca nos vengán a buscar,  
a sacar los uniformados.

**c. a. campos**

[l\\_tmartin@hotmail.com](mailto:l_tmartin@hotmail.com)

*Pilar S.*

# El Caminante

La fuente de aguas puras y cristalinas reconforta al viajero que se acerca a saciar su sed. Un torrente níveo aflora en ese recodo de la senda solitaria que atraviesa los montes cuajados de blancas y aromáticas flores de jara. El viajero detiene su paso en aquel recóndito lugar y reposa del largo camino recorrido. ¡Hola!, le dicen las montañas. ¡Hola! repite el eco en los umbríos valles. Caminar, caminar y caminar, sin rumbo fijo, buscando algo en las alturas que sus sentimientos haga cambiar. Caminar, caminar y caminar, despacito, tanteando el terreno. Un viajero solitario, ni siquiera le acompaña un perro fiel en su eterno deambular. Solo, sólo persiguiendo algún sueño que los que nos cruzamos con él no conseguimos adivinar.

¿A dónde te diriges, caminante solitario? ¿Deseas que te acompañe en tu deambular errante? Atrás quedaron amigos, amores y sueños precoces. Tú eludes la compañía de los escasos viajeros con los que te cruzas; llevas a tu espalda un oscuro secreto que sólo tu alma conoce. Si alguien te acompañara en tu huir, quizás tu boca no podría callar. Ahora, desde lo alto de la colina, te veo partir después de haber saciado tu sed. Y en la retina llevas grabado este triste paisaje de la umbría. Una salobre congoja inunda mi pecho, mi boca y mi garganta al observar la triste figura que se pierde entre las sombras: la misma congoja que anega su alma. Quizás algún día vuelva a encontrarme contigo en algún paraje escondido entre las montañas. Y, quizás, entonces desveles lo que tu corazón guarda celosamente.

Otro viajero con el que me crucé me narró la triste historia que su corazón encerraba. Vivía feliz y sin apenas sobresaltos en su despreocupada infancia. Hasta aquel día en que su immaculado e inocente espíritu descubrió la obscuridad, la sombra que atenaza a algunas almas. Ni siquiera la costumbre pudo hacer que obviara aquel comportamiento de su propio progenitor. Su hermana lo guardaba en su herido corazón pero él apreciaba una velada tristeza en su rostro. Hasta aquel día; llegó antes del trabajo y descubrió la escena. Su hermana, arrodillada, lloraba abundantemente y su padre, de pie, amenazaba con pegarle al tiempo que le decía: *tu padre te quiere mucho. Eres su preferida. Anda, dame ese gusto y demuéstreme que tú también me quieres mucho.* Santiaguito no lo pudo evitar. Se abalanzó veloz hacia su padre y lo derribó de un empujón, con tan mala fortuna que cayó su cabeza sobre la base de la chimenea, se golpeó y quedó inerte; tendido cuan tan largo era y con los genitales al descubierto.

Ahora, triste y solitario, deambula errante por los caminos y la obscuridad le persigue mas el atraviesa raudo valles y montañas huyendo enfebrecidamente de la sombra acechante. Ojalá pudiera susurrarle al oído algunas palabras que cicatrizaran su herida. Tal vez, algún lejano día pueda su alma sentirse aliviada de su peso al compartirlo con algún alma gemela y por las suaves y acariciadoras frases de un corazón blando y amante. Hasta entonces seguirá caminando sin rumbo fijo y sin sentido, buscando un alivio que sólo hallará en el evocador paisaje que se prende en sus alas y en las aguas de algún lejano y susurrante arroyo que con su frescor calme el ardor que le posee.

**Concha Mora Olmedo**  
**Foto: Pili da silva**



*Pili da Silva*

# Olas indiferentes

*Bailé desnuda  
sobre la playa muerta.  
Abrí los ojos para no marearme:  
pelo chorreante,  
labios salobres.  
Nada de amor.*

*Todo el mar  
como un dios de oro  
ése mismo donde los muertos  
son tributo y sombras de niños  
y mujeres y hombres plenos y ancianos  
se convierten en cadáveres sin patria  
territorio de lo excedente.*

*Ninguna palabra puede apropiarse  
de tanto horror:  
Ellos están ahí  
detrás de ese movimiento salobre  
perdida su identidad  
dejándose ir sobre el fatigado oleaje.*

*Los veo.  
Bailo  
sobre la arena  
muerta.*

*Después de tanta gente ahogada  
nada de amor:  
En este mundo ya no se puede  
nombrar esa palabra.  
Mañana con el sol vendrá el  
hedonismo  
a disfrutar la playa, nadar,  
los grititos calientes  
el olor a coco de los bronceadores  
la playera fosforescente  
la familia completa. Una familia  
como las que yacen  
al fondo del Mediterráneo.*

**Susana M. Lizzi-Bertuzzi**

# Soñar

*Las burbujas del silencio  
han rozado mi piel,  
tu voz se desarma  
en el fuego.  
Los pequeños seres rodean  
tus brazos y te encienden.  
Una línea abierta sobre el deseo  
que despierta junto a las flores,  
hojas tibias que renacen.  
Reposas sobre mis ojos  
y sobre la inmensidad  
absolutamente bella de la noche.*

**Alicia**

**Álvarez**

# Cedá, Una Historia Confidencial

**Decisión Errónea** “ Hay caminos que no tienen corazón” He conocido el dolor y la pena, la humillación y la vergüenza, el miedo y el desconcierto. Pero también la felicidad. Y eso hace que haya valido la pena. No lo elegiría de ninguna otra manera si tuviera la posibilidad.

Dedicarme por entero a mi profesión, y por tanto tiempo, puede parecer un error en retrospectiva. Pero fué la decisión que tomé en aquel momento de mi vida y arrepentirse ahora no valdría de nada.

Digo que puede parecer un error porque fué un camino que me condujo a no tener una posición solida el día de hoy. Y también me condujo al desarraigo. Es que viví en tres continentes y en países muy diferentes el uno del otro. Cada cambio de cultura fué un choque muy duro que no pude, o no supe, superar nunca. Eso de “no ser de aquí y no ser de allá,” como dice la canción, lo viví en carne propia. Dejar a la familia, a los amigos, a los lugares, a los olores y a los sabores tuvo consecuencias profundas en mí, algo que no supe considerar en su momento.

Pero he conocido el mundo, he hecho el amor con mujeres hermosas en cuatro idiomas, he probado estupefacientes que ni me atrevo a nombrar, y me he emborrachado con gentes de toda calaña.

También he mentido, he robado, y he matado sueños con el objetivo de mantener vivos los míos. En resumen, me he equivocado y en más de una vez. Como don Juan le enseñó a Castaneda, “Hay caminos que no tienen corazón, que son difíciles de andar y que hacen sufrir.” Elegir siempre los caminos correctos es de sabios. Lejos de mí el engreírme con tener un conocimiento de la vida más allá de la mediocridad.

**(Continuará)**

**Dany Adatto**

## Las horas me palpitan los poros

Las horas me palpitan los poros  
 Con tinta indeleble  
 pero aun así soy feliz.  
 Mi voz cambia de luto  
 mientras mis ojos parpadean  
 y juegan a ser miedo:  
 (No puedo callar  
 La palabra definitiva).  
 El silencio alcanza los escalones  
 y se olvida del mundo.  
 El poeta cae y se levanta;  
 pasa inadvertido entre milagros/  
 De los que no se sienten libres;  
 Se me trepan las palabras por la boca  
 Que cada noche son las mismas  
 Que se vuelven a escribir.  
 {Voces llaman voces}...

Salgo de nuevo hacia la lluvia  
 que abandona mis pasos  
 apretándome los labios  
 con la mordaza triste de los recuerdos.  
 sabiendo que no podré llevarme conmigo ...  
 las palabras que creí; eran mías.  
 ...El poeta cae y se levanta;  
 pasa inadvertido entre milagros;  
 de los que no se sienten libres.  
 Las horas me palpitan los poros  
 Y se me trepan palabras por la boca  
 /que cada noche son las mismas/...  
 Aun así soy feliz.

**Nelson Eric**  
**Castillo Inostroza**

# Rolando López

## POETA REAL

Ser poeta es difícil,  
es vivir en este mundo y salir ileso,  
ser diestro en morir y regresar  
en cuestiones de segundos.

Un poeta es simétrico, enigma sin explicación,  
piel que protege del frío y el fuego,  
árbol perenne en el bosque de la poesía.

El poeta está en todas partes,  
ve lo que otros no pueden,  
escucha lo que el universo susurra  
y lo traduce al lenguaje del alba  
y el crepúsculo.

El poeta viene de lejos,  
de cierta naturaleza única;  
de él solo vemos una mitad,  
la otra pertenece al idioma del árbol  
y su fruto.

El poeta viene del tiempo de la exactitud,  
evidente y grande,  
total en su código,  
semilla plantada en el surco de la proeza.

El poeta no tiene prisa,  
es suyo el atardecer  
y los primeros rayos del sol,  
las exclamaciones,  
la tinta blanca sobre la estrella.

Sus palabras son como juguetes misteriosos,  
nos circundan de tantas formas,  
se apoderan de nosotros  
y nos reúne alrededor de su cuerpo.

Allí quedamos,  
para él, somos montañas maravillosas  
al borde del espacio  
él nos mira desde su Realidad,  
guarda silencio, y se ofrece.

# Mala Hija

*Egoísta significa mala hija  
utiliza el eufemismo por cobardía  
para que la aguja no apunte hacia sí  
la aguja debe hundirse oblicua  
pesada  
punzante  
sobre la llaga incapaz de defenderse  
debe permanecer allí  
que se pudra el hierro dentro  
que la carne no respire  
que se abra  
que sepulte el objeto  
que nadie lo vea.*

# Leslie Angulo



Acuarela de Edith Lomovasky

# Humanización del trabajo en la era de la “esclavitud digital”

## Raúl Allain (\*)

Uno de los temas que como sociólogo vengo investigando es el trabajo en la era posmoderna actual y las tecnologías de información. El trabajo “remoto” impone también sus propios condicionamientos, y asistimos a una especie de nueva revolución industrial, donde la opresión –a trabajadores despersonalizados y consumidores compulsivos– ya no se ejerce en las fábricas sino desde la Internet, apelando incluso a sofisticadas técnicas psicológicas y neuromarketing.

Se aprecia modalidades de esclavitud laboral digital, frente a la ausencia o precariedad de un nuevo “Derecho laboral digital”. Las empresas digitales, incluso los Estados cada día están más centrados en buscar la digitalización de todos sus procesos y estamentos.

Al respecto, el peruano Dr. Mirko Maldonado-Meléndez –doctor en derecho por la Universidad del País Vasco y experto en derecho digital– reflexiona sobre la necesidad de la “digitalización de la administración pública”, advirtiendo que esta requiere “una dosis de reserva de humanidad en favor del ciudadano y la necesidad de que los poderes públicos pongan en debate la eventual creación de una carta de derechos digitales que asegure incluso el derecho a no ser digital” (<https://tinyurl.com/y2tdcra8>).

Pero el tema viene desde hace décadas. El escritor y filósofo Aldous Huxley (1894-1963) propuso hace medio siglo: “La esencia de la coerción psicológica consiste en que aquellos que actúan bajo su efecto tienen la impresión de que están actuando por iniciativa propia. La víctima de la manipulación mental no sabe que es víctima. Las rejas de su prisión le son invisibles, y cree que es libre. El hecho de que no es libre, solo es aparente para los demás. Su esclavitud es estrictamente objetiva”.

Así como propongo, actualmente con la llegada de la denominada “era de las frecuencias”, se está desarrollando la manipulación directa de los procesos cerebrales por intermedio de la tecnología electromagnética y el uso del espectro de las frecuencias con un fin determinado.

La perversa aplicación de las nuevas tecnologías está engendrando nuevas formas de esclavitud digital, que son parte del engranaje económico y generan nuevos modos de producción y mecanismos de adaptación social cada vez más virtuales.

El factor decisivo para la perpetuación de un sistema basado en el sometimiento objetivo, ha sido y sigue siendo el acondicionamiento subjetivo, es decir el control mental. Nada más eficaz para el sistema de trabajo que su autorreproducción en la psiquis y la mente de quienes lo sustentan con su fuerza de trabajo y “el sudor de sus frentes”, es decir, con la energía de sus propias vidas.

En este sentido, los trabajadores consumidores modernos, bajo los dictámenes del mercado laboral y del consumismo digital, son conducidos en la totalidad de sus vidas por una especie de “control remoto” y lejos de reconocer y romper su determinación ajena, constituyen sin duda y “ocultos a plena vista”, la nueva esclavitud del siglo XXI.

Parece que la esclavización de la mente y por ende del comportamiento del ser humano alcanza niveles irreversibles, a causa de la doblegación mental y corporal que actúa sin misericordia sobre sus víctimas para evitar que estas se rebelen contra un orden social intrínsecamente inhumano y explotador.

Quienes cuestionamos estos modos de esclavitud, seguiremos luchando en pos de la formación de una conciencia global que contrarreste y acabe con todas formas de explotación económica, opresión política, discriminación social y alienación humana.

Desde la “revolución industrial” en el siglo XIX, tenemos ahora un panorama de un nuevo “maquinismo” mediante la digitalización de los procesos productivos y virtualización del trabajo. Desde un enfoque sociológico,

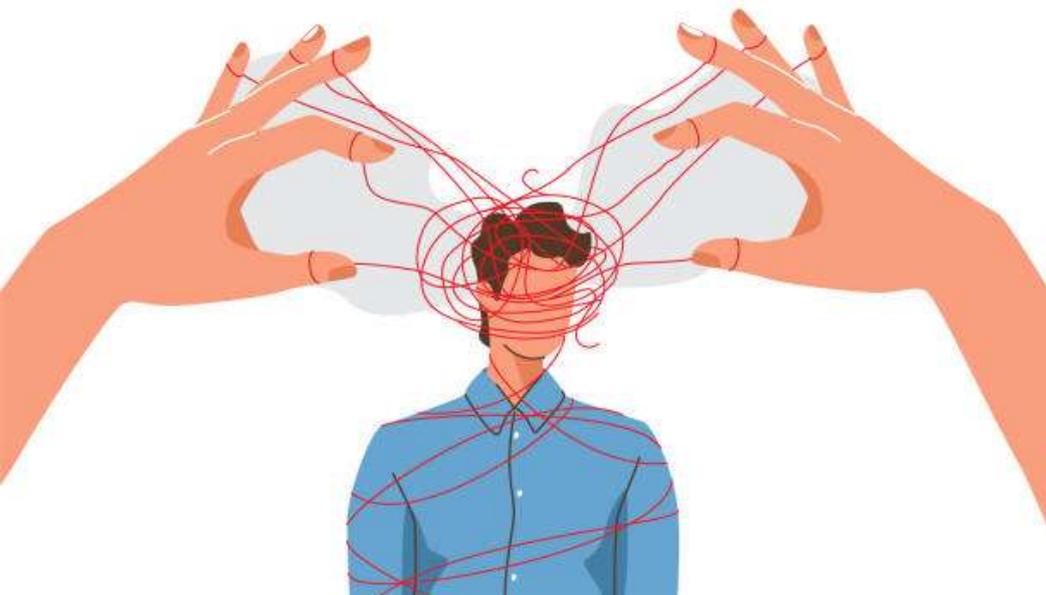
observamos que la mayoría de empresas e instituciones públicas y privadas no están utilizando adecuadamente los sistemas de gestión de personas, tradicionalmente denominados "recursos humanos". Desde que se concibió la administración científica, se han hecho esfuerzos por optimizar los medios (tecnología, recursos económicos, materias primas, información y personas) en aras de alcanzar unos fines económicos.

Las empresas que desean consolidarse a través del tiempo no solamente necesitan contar con capital económico, sistemas de producción, comercialización y tecnología. La base para el éxito de una empresa es la persona humana, es decir: trabajadores (en primer lugar), colaboradores, socios, así como también el entorno social inmediato y todas las personas vinculadas con el gobierno local, proveedores y clientes.

Se requiere un estudio integral de lo que significa realmente "Dirección de personas" y su aplicación concreta en el desarrollo de sistemas de recursos humanos, detallando cómo se aplica, cómo se evalúan los resultados

y que aspectos son más significativos: ¿el salario?, ¿el cumplimiento de contratos y leyes estatales?, ¿la capacitación?, ¿el clima laboral?, ¿la interacción con las familias? Es necesario que las empresas en el Perú asimilen y desarrollen parámetros de modernidad, estableciendo líneas de gerencia de personal acordes con los tiempos actuales para enfocarse en desarrollar al máximo las capacidades humanas de los trabajadores, de motivarlos a mejorar sus talentos.

De acuerdo a los enfoques modernos (Romero, 1998; Caicedo, 2000), "se asume como gestión empresarial la forma de regulación del comportamiento de una colectividad social, que cuenta con



recursos limitados, los cuales deben ser utilizados para el logro de unos objetivos que deben ser compartidos en su finalidad última".

El trabajo directivo debe tener una finalidad. La gestión no existe por sí misma, ya que es el resultado de la interacción de múltiples factores, los cuales van construyendo un sistema de relaciones humanas, de manejo, de proyección y de visión de su vida cotidiana y de su futuro. De la gestión empresarial se obtienen objetivos y decisiones; los primeros orientan y guían la acción colectiva y las segundas seleccionan las combinaciones e interacciones que son necesarias para cumplir dichas metas (Caicedo, 2000).

No solamente se requiere que los trabajadores tengan una motivación externa (sueldo, salario, incentivos monetarios) sino que deben tener la oportunidad de desarrollar sus capacidades y talentos, deben ser capacitados permanentemente, deben identificarse con los objetivos institucionales de las empresas donde laboran, porque son la base de la organización. Y esto tendrá un impacto en la calidad del desempeño de la empresa.

**(\*) Escritor, sociólogo y analista político. Consultor Internacional en Derechos Humanos para la Asociación de Víctimas de Acoso Organizado y Tortura Electrónica**

# UN ÚLTIMO DESEO DRAGON ERRANTE

Aquel viernes por la tarde, cuando la gente comenzó a levantarse de su puesto de trabajo, para salir en busca de las promesas que ofrecía un largo fin de semana, yo seguí sentado en mi escritorio un poco más. Quizás porque no tenía un sitio mejor a donde ir. Mis compañeros salían por la puerta como un torrente de agua por una presa, y luego bajé la vista de nuevo a la pantalla.

Ese pequeño rato debió ser más de lo que me pensaba, porque cuando miré por la ventana, el sol ya se había ocultado. Salí a la calle y el viento quiso acariciarme el rostro de vuelta a casa. Miré al cielo y éste tenía un color extraño, pero me pareció precioso.

Tras una ducha, preparé unos fideos chinos, me senté en el sofá y empecé a cambiar de canal hasta dar con una película de acción que parecía prometer algo más que el resto de cadenas. Ese iba a ser para mí el fin de semana. Hasta que interrumpieron la emisión de la película con la breve sintonía de un avance informativo. Supuse que habría habido un ataque terrorista, un tiroteo, o cualquier otra cosa similar. El mundo se estaba volviendo loco y habíamos aprendido a normalizar aquellas desgracias. Pero me equivoqué.

Los palillos que sujetaban los fideos, cayeron al suelo, pero ni me inmuté. Estaba en shock, imagino que como el resto de los que estábamos frente al televisor, y supongo que el presentador contaba con ello cuando repitió con más solemnidad la noticia. "Un meteorito de grandes dimensiones entrará en contacto con la atmosfera en las próximas horas. Se prevé que impacte contra la superficie terrestre causando una gran catástrofe de ámbito global".

Aquellas palabras se me indigestaron y fui incapaz de procesarlas. Me quedé de pie en el salón sin saber muy bien cómo actuar. ¿Qué es lo que se supone que debía hacer en un caso así? Imaginé que la gente llamaría a su familia, o a sus seres queridos, para hablar con ellos y tratar de pasar el tiempo que les quedase juntos. Pero yo no tenía a nadie. Cogí mi teléfono móvil y repasé mi exigua lista de contactos. Aparte de restaurantes de comida a domicilio, solo tenía unos pocos compañeros de trabajo, y no me llevaba bien con casi ninguno de ellos. "Carlos", era único que alguna vez había sido amable conmigo. Era mi única opción. Pulsé el botón de llamada sin saber muy bien que decir. Traté de pensar algo rápido, pero no fue necesario. Las líneas estaban caídas. Internet tampoco funcionaba bien y el televisor comenzó a emitir imágenes intermitentes.

Me asomé por la ventana y miré al cielo, de un naranja rojizo brillante que iluminaba la noche. La belleza de la destrucción pensé, sabiendo cuál era el origen. Caí abatido sobre el sofá y me empezó a rondar un terrible temor más allá que el que se avecinaba sobre nuestras cabezas. No quería morir solo. Había estado casi toda mi vida solo, me había acostumbrado a ello e incluso resignado a seguir así el resto de mi existencia, pero ahora, de repente, aquella soledad me parecía un agujero negro terrible en el que no quería estar. Comencé a llorar como un chiquillo, y en medio de mi llanto escuché unos golpes. Pensé que eran fruto de mi imaginación, pero volví a oírlos, esta vez con más fuerza, y comprobé que, efectivamente, alguien estaba golpeando mi puerta. Enjuagué las lágrimas y traté de recomponerme antes de abrir. Frente a mí estaba una adolescente de unos quince años con los ojos rojos de llorar cuyo rostro me resultaba familiar, y que, nada más verme, se abrazó a mí con fuerza. Tras unos segundos recordé que era la hija de los vecinos, una simpática pareja que me sonreía al verme, pero con quien nunca había hablado, ni tampoco con su hija. Su nombre era. Lucía.

-He llamado a todos los pisos y todo el mundo se ha ido. Solo quedabas tú en el edificio. -Me dijo haciendo que me preguntara si eso era bueno o malo.

- ¿Y tus padres? -pregunté.

Ella sollozó unos segundos, se apartó de mí y contestó mientras entraba en casa sin esperar invitación.

-Se fueron a arreglar unos papeles de la herencia de mi abuela, y no iban a volver hasta pasado mañana. He tratado de llamarles mil veces, pero no da señal. -dijo ella cogiendo el móvil de su bolsillo.

-Esto debe haber provocado que no funcionen las líneas-dije señalando al cielo.

Ella se dejó caer en el sofá y me miró con semblante triste pero sereno, aparentando más madurez de la que de verdad poseía.

- ¿Que vamos a hacer? No voy a poder despedirme de mis padres.

Yo no sabía si decir la verdad para evitarla falsas esperanzas o referirme a la cruda realidad y al escaso tiempo que nos quedaba. No hizo falta elegir.

-Estamos jodidos ¿Verdad'? -Se adelantó volviendo a derramar unas lágrimas.

Puse la mano en su hombro para consolarla, y al ver su dolor, el mío pareció hacerse más tenue. Egoístamente agradecí que estuviera conmigo.

-Tenía tanto que hacer. Tantos sueños...

-Todos tenemos sueños -mentí.

- ¿Cuáles eran los tuyos? -Preguntó.

Me avergoncé al ver lo vacía que estaba mi vida y evité contestar.

-No importa, todo lo importante ha pasado a ser superficial y...

-Vaya tela-- me interrumpió. -Mis padres tenían razón. Eres una persona gris.

Yo la miré perplejo.

- ¿Qué soy una persona gris?

-Sí, con una vida monótona, sin sueños, sin inquietudes. En el fondo el mundo está lleno de personas grises como tú.

Guardamos un tenso silencio un buen rato. Aquella niña tenía razón, pero no estaba dispuesto a que mi vida "gris" tuviera un broche del mismo color, y se me ocurrió una idea para hacer a Lucía participe.

-Dime algo que nunca hayas hecho. -La pedí con convicción.

Ella me miró pensativa.

-Enamorarme-dijo.

-Bah, el amor está sobrevalorado. -Improvisé sabiendo que eso no lo podía cumplir. -Otra cosa.

-Beber una cerveza.

-Eso lo puedo solucionar -Me encaminé a la nevera con la convicción, que dar a una menor una cerveza con lo que se nos venía encima, era un pecado tolerable, y Lucía dio un primer trago a la lata y torció el gesto.

-Está asquerosa.

Yo sonreí por primera vez en todo el día, y quizás en mucho tiempo.

-Te toca -dijo ella captando la esencia del juego.

-Yo siempre he visto a los chicos de tu edad hacer acrobacias y siempre he sentido cierta envidia.

Lucía pensó unos segundos.

-Vamos al tejado.

La seguí escaleras arriba y atravesamos la trampilla que daba a la amplia azotea donde había varias antenas. El fulgor naranja del cielo nos hacía ver con facilidad en la noche.

Con la ciudad bajo nuestros pies, Lucía puso las manos en el suelo y dio una voltereta con facilidad invitándome a imitarla. Nunca antes se me hubiera ocurrido, pero ahí estaba yo, sobrado de peso poniendo las manos en el suelo e impulsando mi cuerpo.

-Más fuerte- me gritó.

Obedecí y el resultado fue el esperado. Mi cuerpo cayó hacia atrás como un saco a lo largo del suelo mientras la sonrisa de Lucía brillaba en la noche.

El golpe me dolía, pero pensé que merecía la pena solo por verla así.

Me levanté despacio y ella me cogió de la mano.

-Me toca y ya que estamos aquí aprovechamos. Siempre he querido hacer una locura, y a mis amigos les encanta el parkour, así que voy a probar.

- ¿Qué es eso del parkour? –Pregunté.

-Superar los obstáculos presentes. Ahora lo verás. -Dijo

El corazón se me congeló cuando Lucía cogió carrerilla y saltó de nuestra azotea a la contigua. No había mucha distancia, pero una caída en el hueco que separaba los edificios hubiera sido fatal.

-Yujuuuu –gritó eufórica alzando las manos. –Lo conseguí.

-Vuelve con cuidado –grité, pero ya había saltado aterrizando junto a mí.

-Ufff, ha sido genial.

-Y casi me matas del susto.

-No seas moñas. Total, ya casi estamos muertos.

El cielo se había tornado rojo como el fuego. Una vez más ella tenía razón.

-Tu turno. –dijo señalándome.

No lo pensé. Cogí aire e hice algo que nunca me había atrevido a hacer. Gritar a viva voz al mundo para hacerme oír.

-Eoooo no soy gris –vociferé sintiéndome más vivo que nunca.

Lucía se unió a mí.

-No es gris, mundo. Que lo sepáis.

Tras un buen rato en el que acabamos casi afónicos nos quedamos mirando al cielo como si nuestro actual deseo de vivir pudiera hacer que el cataclismo no se produjese. Pero el cielo no escuchó.

Lucía sacó su móvil y selecciono una canción de The Doors, "The End".

-Vaya, muy apropiado.

-Siempre me gustó esta canción. "Este es el fin, mi único amigo, el fin"-dijo ella traduciendo la premonitoria letra.

Me senté a su lado hasta que los últimos acordes se perdieron en la noche y temblé al sentir tantas emociones en tan corto espacio de tiempo.

-Bailar bajo la luna –dijo Lucía de repente buscando en la biblioteca musical de su teléfono. –Eso es lo que quiero hacer ahora.

Un pegadizo ritmo dance hizo que ella comenzara a bailar. Cogió mis manos y tiró de mí. Yo nunca había bailado, pero ahora no había lugar para la vergüenza y comencé a imitar sus movimientos.

Una canción dio paso a otra, y a la tercera levanté exhausto la mano.

-Ya no puedo más.

Ambos sudábamos y teníamos una sonrisa en la cara, pero no pude evitar levantar la vista de nuevo. Una inmensa bola de fuego atravesaba las nubes, y supe con certeza que no teníamos tiempo para realizar muchos deseos más, así que pedí en alto el mío.

Mi último y más ferviente deseo.

-No estar solo.

Lucía se acercó, se puso a mi lado y me agarró con fuerza la mano.

-No lo estás –dijo mirándome con una sonrisa antes de volver el rostro hacia el cielo.

Apoyó la cabeza sobre mi hombro.

-Gracias. –Susurró. –Ha merecido la pena conocerte.

Apreté su mano.

-Gracias a ti por enseñarme lo que es vivir.

Y ambos miramos sin temor como se acercaba el fin de la humanidad.

# DOCUMENTO NACIONAL DE IDENTIDAD AUGUSTO ROMO

Ando. Una mujer anda delante de mí. Nos hemos visto cruzando. La distancia es poca y su bolso es pequeño. Abordamos la avenida de los frailes agustinos, desfilando bajo su arboleda. La estación impúdica se ha deshecho de sus prendas íntimas: crujen bajo nuestros pasos desacompañados. Participamos del espectáculo del cierzo, que avienta y desquicia la moral y los sentidos y sirve de excusa a cualquier tropelía real o escrita. Una ráfaga calamitosa alborota un grupo de papeles que lleva en una mano, ceñida a la cadera, doblados sobre un sobre, ocultándolo: una marsopa hinchada, rebosante de billetes caros. Son documentos de cierta importancia, que están deseando echarse a volar, como tejas delatoras de una choza que entraña un tesoro. La furia de la mañana insiste en avisarla de que puede perderlo todo. Cobra consciencia del riesgo, abre su bolso, libera un espacio exiguo e introduce a presión los papeles y el sobre. Algo cae entre sus pies al revolver en su interior, sin que lo advierta.

Distingo, desde mis pasos perdidos, a su zaga, el sonido afilado del plástico y la forma y el tamaño de un carnet. Quiero pensar que lo ha dejado caer disimuladamente, como un pañuelo perfumado mensajero de una ofrenda. Continúa caminando indiferente. Llego a la altura de su fotografía en el suelo, donde se estampa su fama. Me mira desde un lecho de hojas secas.

“¡Señora!” - reclamo su atención -. “¡Qué quiere de mí! ¡Qué quiere de mí!” - detiene el paso y exclama asustada, sin volver la vista atrás -. Recojo su carnet y corro hasta donde se encuentra. Espera inmóvil a que la alcance. Toco su hombro, con delicadeza. Se gira y desvela sus rasgos. Cierro los ojos, como muestra de respeto, y le entrego el documento prendido en una pinza fina, violentando lo menos posible su intimidad plastificada.

- Tenga. No he visto nada.
- ¿Me lo promete?
- Confíe en mí.
- Es muy amable... No sabe cómo se lo agradezco...

Abro los ojos. Su cercanía supone una provocación insoportable. Descubro una mujer traslúcida, con la piel de papel cebolla y la cabeza de un blanco algodónoso. Remueve mi deseo. Lleva inscrita la verdad en cada línea de la cara y la travesura en la voz. Alarga la mano para recuperar su documento de la mía. Cuando lo hace, aprovecho para tomarla por la muñeca, súbitamente, como en el instante de la confirmación de un rapto.

- ¿Qué hace?
- Espero una gratificación.
- Con gusto se la daría, pero...
- Déjeme acariciar las venas su mano.
- Oh...
- Señora... La llevaré conmigo y tendremos la felicidad en un momento.
- No me cree falsas esperanzas... ¿Seguro que no ha visto la fecha de nacimiento?
- Cumpliré como un hombre, se lo aseguro.
- ¿Quién lo envía? ¿El ayuntamiento? ¿Forma parte de un cuerpo especial dedicado a atender a personas mayores sin recursos afectivos?
- Me inclino ante usted por iniciativa propia.

- ¿Es un ángel custodio de las señoras solas?
- Nada de eso.
- Entonces... es un ladrón, un buen ladrón. ¿Viene a robarme?
- Ni mucho menos.
- ¿Qué es lo que busca? ¿Es el mismísimo Demonio? ¿Pretende arrancarme la virtud o sólo quiere mi dinero?
- Seré su amante, sin más, si le parece.
- No se burle de mi...
- Lo digo en serio.
- Apiádese... Enviudé joven. Sufrí el destierro del amor carnal demasiado pronto y desde entonces sueño con entregarme a cualquier desconocido con el que me tope y al que tema.
- Pues aquí me tiene.
- Entonces... tómeme o déjeme.
- Acompáñeme.
- ¿Adónde?
- A mi casa. Mi casa está cerca y mi mujer lejos.
- Y qué va a pensar su señora de usted si se entera de lo nuestro...
- Lo entenderá.
- Le parecerá una buena obra, claro.
- Un acto de justicia.
- Soy demasiado vieja...
- Dejará de serlo. Se lo haré olvidar. Desafiaremos juntos al tiempo y su inquisición.
- Lléveme donde quiera.

Suelto su muñeca malva y la tomo por el brazo con la misma energía, con brusca intención galante. Se deja guiar. Su verdadera identidad reside en sus fantasías. Ha convivido con ellas desde que tuvo uso del deseo, secretamente. Este es el día en que no opondrá resistencia: consentirá en que me la lleve, prendida de su instinto. Rozo su pecho queriendo. Se le tensa la carne y se le arrugan las localizaciones más sensibles. Padezco una excitación inaplazable. Nos apresuramos.

- Desnúdese. La imaginé desnuda desde que vi su espalda serpenteando ante mí.
- Le obedeceré en todo.

Descorro las cortinas para que la luz natural profile su cuerpo sobre la cama. Quiero admirarla, antes de que explote en una libertad completa.

- Debería asearme primero...
- De ninguna manera. La prefiero así.
- Antes de que me siga mirando... quiero que sepa que toda mi vida fui delgada.
- Descuide. Yo nunca tuve un cuerpo atlético. No tema. No voy a desnudarme todavía. Me sentaré a su lado y la tocaré vestido, si es preciso.
- Soy suya. Puede hacer conmigo lo que quiera. Estoy perdiendo la memoria, ¿sabe? Lo bueno de perderla es que también se pierde la vergüenza, y la capacidad de arrepentimiento. Eso me consuela y me hace desearlo de una forma muy desinhibida.

Se desnuda con la agilidad serena de una ramera madura. Su cuerpo, en el que están presentes todos los reflejos y muy vivas las reacciones, contiene y exhibe las diferentes épocas de su dueña. Se tumba a esperarme sobre un costado, iluminada, la mirada tendida hacia la luz del sol, desprovista de pudor, reencontrándose poco a poco con la mujer que siempre quiso ser. Estira su cuerpo con una sensualidad modesta, tensándose desde pies y manos. Beso la cadera que queda libre de su peso, recorriendo su contorno. Agarro esa porción de ampuloso tufanario entre las dos manos. El tacto, al inicio, es tierno. Conserva intacta la memoria del gusto. Se tumba boca abajo para que la amase con más fuerza. Uso los

brazos con el vigor de un repostero experto contra una mezcla indómita. Reacciona sutilmente, según los diferentes caminos por los que me voy aventurando. Me desnudo a su espalda y me tumbo tras ella. Nos olemos. La embisto. No quiero ofenderla con delicadezas inoportunas, tratarla como si padeciera de una especial fragilidad. Sé que lo prefiere así porque su cuerpo lo exige combándose con desesperación: reclama toda la intensidad que pueda imprimirle a mi deseo. Procuramos que dure.

Preferimos levantarnos nada más terminar, porque lo más importante ya ha sido. Mientras se viste, ensaya cómo prolongar la ilusión.

- ¿Por qué no huye conmigo?
- Es imposible. Tengo que recoger a los niños del judo.
- ¿Qué cinturón son?
- Verdiazul el mayor y verde el pequeño.
- Entonces, están listos para defenderse sin su ayuda.
- Lo sé. Por otra parte... mi mujer regresará en menos de una hora... No me parece apropiado que encuentre así nuestro dormitorio. Tengo que orearlo, devolverle un orden de matrimonio.
- Qué desilusión...
- Se trata de mi día a día, compréndalo. Le debo un respeto a la importancia del día a día.
- Y qué hay de lo nuestro...
- Lo nuestro tiene su valor, un gran valor para el recuerdo. Lo conservaremos así.
- ¿Volveremos a vernos?
- Tarde o temprano, bajo alguna de las formas de la naturaleza.
- Eso lo dice por decir...
- No. Estoy convencido.
- Deja que te pellizque esa boquita envenenada, querido mío – vuelve a encenderse de pasión.
- Repórtese. Ya no es hora.
- [Esboza un mohín adolescente]
- Aún me queda algo de tiempo..., ¿quiere que la acompañe un rato más?
- Me gustaría.

En el ascensor, abre su bolso en un postrer y desesperado intento de soborno.

- ¿Cuánto valen sus caricias, joven?
- Son sinceras. No tienen precio.
- Tenga. Quédese este sobre. Venía del notario cuando nos encontramos. Contiene un pequeño capital, recibido por la venta del último trastero de los que me dejó mi marido, que en paz descansa.
- No puede comprar mi amor.
- ¿Me está diciendo que tengo que resignarme?
- Se le presentarán nuevas oportunidades de gastarlo.
- Soy feliz. Ya no lo necesito. Usted me ha eternizado y con eso me basta.

Salimos a la calle y agradecemos la frescura. Transitamos en un plano de igualdad, como dos individuos libres y plenipotenciarios, sin teatralidades románticas.

- Cierre el bolso. Pueden robarle. Y tenga cuidado con el carnet, no se le vuelva a caer.
- No me importa perderlo. Soy otra. Ya no tengo nada que temer. No me afectan las leyes, ni sus exigencias. Me he declarado en demencial rebeldía.
- ¿Hacia dónde se dirige?
- No lo sé... Decidiré por el camino si me tiro por un puente o me voy un rato al bingo... Puede que haga las dos cosas, en un orden inverso.
- La acompañaré un poco más.
- Sufro de ausencias, ¿sabe? Mi nuera me ha dicho que van a llevarme a un sitio en el que estaré bien atendida... No se fían de que viva sola. ¿Qué le parece?

- Labores de punto, flores de papel de seda, solitarios... y esperar tranquilamente a lo que el futuro quiera depararle. Si eso le estimula...
- Qué futuro...
- Todo. Tiene todo el futuro por delante. Es interminable, créame.
- Lo que yo desearía es quedarme aquí, a su lado, en el día de hoy.
- Eso no puede ser...
- ¿Y por qué no?
- No se nos permite.
- Qué pena... ¿Cree que nos reconoceremos si volvemos a vernos?
- Sin la menor duda.

Pasean lento. Llegan frente al muro del Perpetuo Socorro.

- ¿Ve a ese hombre?
- ¿A quién?
- Al mendigo sentado a las puertas de la iglesia.
- ¿El de los muñones?
- Sí. Entréguele el sobre.
- Pero...
- Él lo entenderá. Será nuestro cómplice.
- ¿Está seguro?
- Absolutamente. En cuanto lo haga, nos despediremos y lo dejaremos todo en sus manos, que son las del azar, ¿está de acuerdo?

La mujer se encoge de hombros. Prepara el sobre y se lo entrega al intermediario del destino. Vuelve ligera junto al hombre entero. Rebusca en el doble fondo de su bolso y encuentra un par de caramelitos desleídos, azul nomeolvides, repegados a sus celofanes. Se toma uno y me ofrece el otro. Si es un adiós, si tiene que serlo, mejor mentolado. Exhala y desaparecemos.

## OTOÑOS

**Este otoño entregué otra vez mis hojas:  
Renovando mis sueños, los cordajes  
que han de tenerme en pie... Otros paisajes  
y otra sangre añadida a mis congojas.**

**Nuevas páginas, nuevas paradojas  
que habrán de incorporarse a los ambages  
de un pasado extendido... ¡Muchos viajes! —  
firmeza en mis raíces, piernas cojas —.**

**Tantas hojas el tiempo se ha llevado...  
Cicatrices del árbol de mi vida:  
Desatinos de andar apresurado.**

**Llegarán más otoños: adherida  
me hallarán en perverso acantilado  
y cederé mi sangre... Agradecida.**

**Xiomara Lemas Ruiz**



# *Simetría de dos instantes*

*Oscar Arias  
Rodríguez*

Cada día, cuando suena el despertador en la habitación contigua, Kiko entreabre los ojos con un rictus de desaprobación para luego girarse y sumergirse un poco más en su cálido mar de mantas. Instantes después, se oyen varios pasos llegar a través de la puerta, suaves pasos de zapatillas viejas que se detienen en su umbral, y se escucha la voz dulce de mamá: «Kiko, ¿estás despierto?».

Kiko emerge entonces de repente para mirarla, sonrío, y rezongón se da la vuelta. «Venga, levántate, que voy a hacer el desayuno». Y él responde gruñendo desde su cobijo de sábanas y mantas antes de asomar de nuevo su cara adornada con una sonrisa inocente y tontorróna. Pero con el penetrante y dulzón olor a leche y tostadas vuelve a caer dormido. «¡Vamos!», dice la madre, interrumpiendo su duermevela. Y, levantándolo de improviso por las axilas, se dirige al armario y le aproxima la muda. «Vístete, que ya es tarde».

Hoy las tostadas están bien, no quemadas como otras veces. Quizás porque había holgazaneado en exceso. En el tacataca su hermanita juguetea con una tostada y se está

embadurnando toda la cara de rica mermelada. A Kiko le hace gracia y ríe. Pero mamá se pone furiosa y la limpia rápidamente con un trapo. Y al final, como casi siempre, acaba sentándose a su lado para ayudarla.

En el ocaso de cada estío, Kiko reflexiona sobre el colegio, que no es algo tan malo. Porque tras todo un verano de juegos y travesuras, en los últimos días ya no sabe qué hacer, y la vuelta al cole se presenta como una nueva etapa de amigos, juegos y, cómo no, también de estudio. Se conocen un montón de nuevos compañeros y en las clases dibujan o hacen manualidades. Lo único que le desagrada es la asignatura de mates; todo lo contrario que gimnasia, su clase preferida. Porque Kiko es pequeño, pero ¡qué veloz es! Sin importar a lo que jueguen: fútbol, baloncesto, a la queda... Él siempre es el más rápido. Pero este año un chico nuevo llegado de otro colegio había ganado a Kiko, y ahora lo observa en el patio con recelo.

Al llegar la tarde vuelve a casa agotado y casi siempre le aguarda en la puerta mamá, con una sonrisa inmensa, recibéndole con un: «¿Qué tal el cole, Kiko?», o un: «¿Has hecho nuevos amigos hoy?». A lo que él responde: «Sí, mamá», unas veces, y otras: «No, hoy no». Y como acostumbra a llegar embarrado desde el flequillo hasta la punta del dedo gordo del pie, le quita la ropa y lo ayuda a bañarse. Lo que menos le gusta del baño es salir, porque ya tiene el cuerpo caliente y fuera está muy frío. Hubo una vez en la que mamá lo dejó solo.

Kiko se había quedado demasiado tiempo metido en la bañera y al cabo

de un buen rato comenzó a estornudar porque el agua estaba ya helada, y al ir a la cama, aunque se había tapado bien, tuvo tos durante toda la noche.

A media tarde mamá le trae la merienda: un suculento bocadillo de chocolate o uno de embutido. Muchas veces se queda en su regazo viendo la tele; algunas hasta se queda dormido. En ese caso mamá lo lleva en brazos a la habitación y solo lo despierta cuando los niños del segundo lo llaman para jugar. Y, por supuesto, él va.

Cuando miles de ojos halógenos y fluorescentes inundan de luces la ciudad y está demasiado fresco para estar en la calle, Kiko vuelve a casa para cenar algo ligero e ir a la cama. Entonces mamá le lee un cuento, o si no, le pregunta qué cosas ha hecho durante el día, y luego le da un beso sonoro en la frente y en un periquete comienza su festival onírico.

\*\*\*

Cada mañana a las ocho el timbre del despertador repica molesto en la cabeza de Kiko y sus manos reptan con dificultad entre las sábanas para darle fin. A los pocos minutos la voz de la Srta. García lo confirma: «Arriba Kiko. Ya es hora de levantarse». «Ya voy», responde siempre él, con la voz algo cascada por aquella carraspera perpetua. El crepitar de la persiana proclama el nacimiento de un nuevo y soleado día, como así atestiguan los más madrugadores rayos matinales, que se cuelan entre los agujeros de la persiana y traspasan las blancas sábanas templando la cara de Kiko. «Venga, a desayunar», se oye insistente su voz desde la cocina. Pero es el olor del desayuno el que definitivamente convence a Kiko para

acercarse a husmear qué suculentas delicatessen se están preparando.

Todos los días se sienta junto a Eustaquio y, mientras esperan a que les sirvan, le suele preguntar: «¿Qué tal estás, Taquío?», y este solo sonríe. Kiko acostumbra a desayunar sin prisa, observando con creciente interés como la Srta. García ayuda a comer a Taquío, limpiándole la boca con escrúpulo entre bocado y bocado. «Un poco más, Taquío», le dice, y Taquío sonríe y hace un esfuerzo. A veces incluso llega a amagar con vomitar. Entonces la Srta. García lo tranquiliza con un abrazo, dándole besos en la mejilla y susurrándole algo al oído que Kiko no alcanza a oír, y, claro, Taquío sonríe.

Más tarde salen a pasear, y algunas veces hasta le tiene que llevar de la mano, porque Taquío está torpe ese día y no puede caminar muy bien. Y después, exhaustos, se sientan cerca de la verja a contemplar el cansino pero armonioso paso de los coches: coches variopintos de conductores anónimos. Si reconoce a alguien que regresa a casa tras la faena, Kiko se pregunta qué oficio tiene esa persona; y cuando alguno toca el claxon, Taquío dice para sí: «pa-pa», y sonríe quedo.

En las ocasiones que hace mucho frío, o cuando el cierzo sopla muy fuerte, se quedan sentados dentro sobre las duras sillas de madera y metal, mirando la tele sin atención, refunfuñando por cualquier cosa o riendo con las estupideces de los programas. «Mira Taquío. Qué bonito está el día», le dice Kiko cuando se aburre, y el otro sonríe sin apartar la vista de la caja tonta.

En el transcurso de las tardes otoñales, Kiko se acerca a la ventana y se emboba con el tránsito ligero de las hojas: huérfanas de destino, susurrantes como la voz de una amante y secas como el corazón de una viuda, girando arremolinadas para caer luego como viejas bailarinas de ballet.

Cuando la tarde agoniza es costumbre allí jugar al parchís. Menos Taquio, que ni quiere ni sabe. Y absortos en la partida dejan las horas escurrirse entre ellos con serena pasividad. En raras ocasiones, Taquio se centra en el juego de los otros. De hecho, se pasa la mayor parte del tiempo revolviendo por la habitación o asomándose con cierta dificultad a la ventana; y cuando se ve en el reflejo del cristal sonrío, porque fuera ya anochece y los transeúntes difuminados caminan parsimoniosos de regreso a casa tras ganarse el jornal.

A veces tienen que interrumpir la partida cuando un golpe seco suena. De repente, todos se giran hacia Taquio, que se rasca la frente un tanto lastimada, y este solo los mira y sonrío. «¡Ten cuidado, Taquio, no te acerques tanto a la ventana!», y ríen todos, cómplices a coro, para reanudar la partida con sus conversaciones vacías de novedad.

Llegada la hora de la cena, y tras esta el esperado baño caliente asistido, la Srta. García pregunta cada noche a Kiko: «¿Qué tal la partida?». Y él siempre miente: «Bien, he ganado otra vez». Entonces ella, sonriendo, le mece su pelo níveo diciéndole: «Como siempre», y le ayuda a ponerse el pijama.



### ***Gato al costado Edith Lomovasky***



## CAMINATA RÍO ADENTRO

Lo que contaré ocurrió hacia 1810 en Buenos Aires. Un amanecer de enero el hombre se paró en la orilla del gran río y ante él se desplegó un desierto de lodo. ¿Adónde se había ido el agua? Su mujer lo esperaba en la otra orilla, la oriental. Pero resulta que se trataba del río más ancho del mundo. Y ese día al porteño le tocó atestiguar un acontecimiento inaudito en los anales: la bajante récord de un cauce desmesurado que los conquistadores, desconcertados, habían llamado Mar dulce. Si ya era extraño ver un río sin orillas, esto costaba creerse aún más, pero era así: sólo quedaba la cuenca fangosa como recordatorio. Una inmensa planicie de lodo se extendía frente al hombre como un desierto prometedor.

Cuarenta kilómetros de caminata atravesando el lecho, hasta la Banda oriental... ¿Por qué no? Supuso que en unas nueve horas debería arribar a la otra orilla. Le sobraba luz del día, y para las seis de la tarde ya estarían juntos. Detrás de sus conjeturas el llamado de la mujer latía como una luciérnaga, como un pulsar. El deseo hizo el resto. El hombre descendió la barranca pisando con mucho cuidado, como si aún no terminara por decidirse a cometer su locura. Pero la decisión ya estaba tomada. Así fue internándose en el río seco.

Lo cruzó con cierto temor reverencial, como si burlar a esa anomalía de la naturaleza lo condenara a algo sacrílego. Sus tobillos se enterraban en el barro elemental. Aunque dificultoso, avanzaba.

Ni un pájaro se veía en el cielo límpido. Sólo oía el chapotear de sus propios pies embarrados. Cada tanto hallaba algún que otro pez que boqueaba en los charcos, y esa agitación a ras del suelo era lo único que alteraba el paisaje.

A pesar de lo extraño de semejante travesía, la mañana de verano lo envalentonaba. Calculó que en tres horas más de caminata ya divisaría la costa este, una raya en el horizonte que tranquilizara sus miedos. Con tierra a la vista podría empezar a ilusionarse con el cuerpo deseado.

A las dos horas de avanzar a tientas, con el sol ya bien alto, no supo con certeza si aún cruzaba hacia el este en línea recta o si se había desviado. Ninguna de las dos orillas era visible. Se aburría con la monotonía de ese desierto, cuando a lo lejos divisó un bulto gris. Parecía un espejismo bajo el sol, una pared levantada en medio de la nada. Hacia allí se dirigió. Se trataba de un galeón español. Estaría allí abajo desde hacía décadas. Por el agujero que vio en la andana baja de babor supuso que había sido hundido de un cañonazo. ¿Habría tesoros en su interior? Se tentó con adentrarse en el navío a investigar, pero enseguida recordó ese cuerpo y se dijo que no debía distraerse más. Por otro lado, si encontraba oro o plata en ese vientre de madera no tendría manera de cargarlo.

Media hora después, el viento cambió de repente. El caminante primero lo sintió en la piel, su flanco derecho supo antes que su cerebro que algo andaba mal. Y la sudestada, soplando fuerte desde la desembocadura del río, trajo de regreso el mar. Fue algo lento aunque constante, como una inundación bien planeada, o mejor: como una película de terror con el suspenso bien dosificado. Con el agua hasta las rodillas sintió miedo. Siguió adelante, peso a todo, como si nada. Con el agua hasta la cintura quiso correr. ¿Pero hacia adónde? Con el agua al cuello trató de nadar, pero el terror le atenazó los músculos. Una ola gigantesca se encargó de apagar tanto fuego.

**Maximiliano  
Sacristán**

## Me pierdo en tus ojos de acero

En resumen, me molesta la luz  
pero le temo a la oscuridad,  
procuro destruir algunas sombras  
y no dilapido en gritar  
cuando escucho mi nombre.  
Huyo constante de las palabras  
aletargadas  
el simplón carisma de lo opaco  
es un disturbio de mal talante  
rumbo a la catarsis.  
La alegría será, o no,  
un basculante abrazo  
para asirnos al sino  
de la comedia trágica entre risas  
y caricias dulces.  
Sin pánico a la soledad  
o al atisbo rumbo a un perdido  
pero distante ayer,  
para vidas que avanzan sin mañana.  
Temo un poco a la luz  
acercándose sin premura  
a mi existencia,  
después habrá algún jamás  
para desvestirme  
al dormir.

**Antonio  
Ramírez**

## Regreso a la inocencia

*Sabe de infancia  
el peso de una piedra  
entre las manos  
que deforma con su forma  
dura y greza  
el espejo de la pureza  
que corre con el agua del río.*

*Y este dejar lo que nunca  
ha sido mío,  
esta vibración que se despliega  
en transparencia,  
este rito de la nada en la ausencia,  
esta piedra de sol  
que es más palabra que piedra,  
este renunciar al amor  
que es más río de llanto  
que renuncia,  
es libertad que se preanuncia  
como días de cosas perdidas  
en el desierto de los mismos ojos.*

**Yuleisy Cruz  
Lezcano**

# CAPITAL HUMANO

## I.

La oficina enmudece con sus recursos humanos aterrizando en la sala de reuniones. Los trajeados currantes entran por cualquiera de las dos puertas opuestas y se acomodan en las seis sillas de la redonda mesa blanca que preside la habitación. El único elemento que viste las paredes consiste en una pantalla de proyección.

—Buenos días a todos —saluda el CEO—. La quincena se presenta interesante. Aquí tenéis el nuevo cuadrante —la secretaria se levanta y reparte entre los asistentes un par de hojas con gráficos y diagramas de flujo—. Óscar, necesito que ayudes a tiempo completo a Alfonso en el proceso que conseguimos la semana pasada. Es súper importante que tengamos éxito, así que Daniela se encargará del caso que llevabas.

—¿Estamos hablando del juicio penal de procedimiento abreviado? —Daniela levanta desconcertada la vista de los papeles y protesta—. ¡Pero si la vista se celebra este viernes!

—Lo único que tienes que hacer es finiquitarlo, nada más —desafía el CEO. Hace una pausa y retoma el monólogo—. Y tú, Jorge, como llevas poco tiempo con nosotros, vas a continuar ayudando a Daniela.

El resto del personal asiente conforme. La reunión concluye.

## II.

Daniela e Inés, la secretaria, comentan la reunión mientras recorren los pasillos del laberíntico bufete. La abogada despotrica por la imprevista carga de trabajo extra. Inés, que disfruta con la idea de una merecida jubilación anticipada, la escucha y prodiga palabras de ánimo.

—En esta vida todo es aguantar, corazón.

Sí, pero unos más que otros —desfoga Daniela, que se detiene para esperar a un rezagado Jorge.

Inés sonríe con cara de póquer y avanza para plantarse en la recepción. Observa resignada a la joven que se refugia detrás del mostrador concentrada en el móvil. «Por Dios, qué chica más tonta. ¡Si no fuera porque es la sobrina del jefe no duraría aquí ni dos días!», piensa.

—Sonia, ¿ha habido mucho movimiento durante la reunión?

—Pues no —responde sin mantener contacto visual—, pero ha llamado un tal José María preguntando por mi tío.

—¿Y tomastes nota?

—No. No entendí nada de lo que me decía con tanto ruido de fondo. Sí que le pedí que volviera a llamar más tarde —comenta orgullosa.

—En fin, ¡qué le vamos a hacer! —suspira Inés ajustándose las gafas de mariposa—. Si quieres, ya puedes irte a almorzar.

Apenas escucha las palabras mágicas, Sonia recoge su chaqueta y bolso chic de uno de los armarios de oficina cerrados con llave. Jorge y Daniela se acercan a la recepción.

—¿Qué tal la reunión? —pregunta Sonia. No espera la respuesta de cortesía—. ¿Os venís a almorzar?

—No, gracias. Tenemos mucho trabajo —contesta Jorge.

El teléfono comienza a sonar. Inés levanta el auricular y suelta un «Espere unos segundos, por favor». Daniela recoge el pliego de papeles que Inés le entrega y, al pasar por delante de Jorge, lanza una mirada inquisitiva a Sonia.

—¡Oh!, si yo ya me iba —exclama una sobresaltada Sonia, que desaparece por la puerta principal.

Apurando un momento de paz en la oficina, una estresada Daniela corre al despacho de los *séniors*. Jorge la sigue desde una distancia prudencial.

Daniela llama a la puerta y entra en el espacioso y lujoso despacho. Óscar y Alfonso charlan café en mano. Los livianos portátiles que presiden las mesas de oficina pierden lustre ante la orgullosa montaña de carpetillas y folios. Las paredes forradas de estanterías repletas de cajas de expedientes y de manuales de derecho.

—Óscar, ¿me has preparado la documentación de tu caso?

—Sí, ahí la tienes —señala un par de cajas apiladas en el suelo. Deja la taza en la mesita y se levanta del sofá. Le cuesta ajustarse la corbata con el cinturón a punto de reventar por la barriga cervecera. Jorge desvía la mirada para ahogar la risa.

—Por Dios, ¿cómo puedes trabajar así? —exclama una irritada Daniela mientras revisa de reojo el esperpento.

—¡Encima que me he tomado la molestia de recoger toda la documentación! — protesta Óscar

—Anda, Jorge, ve a por el carrito del almacén —suspira la joven—. Debería de estar detrás de la puerta.

### III.

Jorge y Daniela pasan la jornada en un pequeño despacho, sin luz natural. Los escritorios son diáfanos, con bandejas donde los expedientes se ordenan por prioridades. La abogada, concentrada en la pantalla, repasa los procedimientos y el estado del juicio. «¡Qué semana! A ver si acabo de ordenar y puedo dedicarme a lo que de verdad importa», piensa Jorge a la vez que vigila a Daniela.

—¿Cómo llevas el caso de Óscar?

—¿Perdón? ¡Ah! Pues justo ayer tuve una cita con el cliente. Miente más que habla. Le insistí en que hablase lo menos posible en la sala. Vamos, que sus declaraciones no resultan muy convincentes. ¡Oh, vaya!

—Eso no es lo peor. Ni me escuchaba. Estuvo todo el rato mirándome a los ojos y asintiendo con la cabeza.

—¿Y no le dijiste nada?

—Solo es un cliente. No merece la pena —se apresura a cambiar de tema—.

¿Ya has acabado? Pásame esos pliegos, por favor.

—Sí, aquí tienes.

Jorge mira el reloj. Apaga su portátil, comprueba el escritorio ordenado y se pone la chaqueta. Daniela hojea con atención el expediente y sacude la cabeza sorprendida. Se queda pensativa y vuelve a sumergirse en la pantalla del ordenador.

—Bueno, yo ya me voy —excusa Jorge—. ¿Vienes?

—No, ahora no. Necesito comprobar un par de cosas.

—Adiós, no te quedes aquí a dormir —sonríe.

—¡Hasta mañana!

Daniela contrasta el expediente de la base de datos del portátil con la versión impresa. Repasa la documentación un par de veces. No coinciden. «¿Cómo es posible que se me haya pasado por alto?», lamenta Daniela. Las vistas del juicio penal son inminentes. Tiembla. Coge el móvil. Teclea.

DANIELA: No me esperes para cenar. Llegaré tarde.

KEVIN: ¿Otra vez?

DANIELA: Estoy hasta arriba de trabajo.

KEVIN: ¡Qué sinvergüenzas! Si al menos te pagaran las horas extras...

DANIELA: Solo será un par de días más, hasta el viernes.

KEVIN: Desde que comenzastes a trabajar ahí, solo nos vemos los fines de semana :/

DANIELA: Ten paciencia. Pronto me ascenderán y podremos pagar una hipoteca.

KEVIN: ...

#### IV.

La sala de reuniones del bufete hierve de actividad. Al CEO le cuesta poner orden y calmar los ánimos encendidos.

—Quiero felicitar a Daniela, que como bien sabéis todos ha ganado el juicio. Estoy muy satisfecho de que hayas cumplido el objetivo, a pesar del escaso tiempo que tuvistes para prepararlo todo.

—Gracias.

La reunión prosigue hasta que los temas del orden de día se agotan. Los asistentes se apresuran a reanudar sus quehaceres. Daniela insiste en hablar con el CEO, que espeta: «Aquí no. Vamos a mi despacho».

—¿Y bien? —inquire mientras entran en su santuario.

—Señor Martínez —le cuesta arrancar—, quería comentarle lo mucho que agradezco la oportunidad de demostrar mi valía. Creo sinceramente que merezco un aumento de sueldo. Llevo trabajando en este bufete año y medio, y...

—Me temo que no es posible, querida —interrumpe.

—¿Cómo que no?

¿Sabes lo afortunada que eres de trabajar aquí? Mucha gente mataría por este trabajo.

—¡Oh, vamos! ¡Si supieran cómo funcionan las cosas por aquí! —mira a un lado y otro, luchando por contenerse.

—Mira, te voy a hacer un favor. Regresa a tu despacho y olvidemos lo sucedido. ¿Estás conforme?

Daniela sale y cierra la puerta. Tropezaba con Jorge en el pasillo. No atiende a la disculpa y ni siquiera responde al comentario de: «¿Cómo te ha ido con el jefe a solas en su despacho?». Jorge corre a la recepción. Daniela juraría, por la creciente algarabía, que anuncia su inminente promoción a Inés y Sonia. Avanza directa a su cubículo. Saca el móvil.

DANIELA: Tenías razón.

KEVIN: ¿Perdona?

DANIELA: Dimíto. Paso de continuar tragando mierda. La reunión con el jefe ha sido horrible.

KEVIN: ¡Oh!

**DANIELA:** ¿Y sabes qué? Lo peor de todo es que el hijo de la gran puta que defendí en el juicio de esta semana era culpable y lo han declarado inocente gracias a mí. ¡El mundo al revés! ¡Costó tanto aguantar el tipo mientras el cabrón sonreía y los familiares revivían el calvario! La madre sollozaba temblando, el padre intentaba consolarla y las amigas protestaban llamándole de todo y gritando que no había justicia en este mundo. **DANIELA:** Nunca más. No merece la pena. ¡Este bufete apesta! Solo soy una pringada más. **KEVIN:** Mira, en cuanto llegue a casa vamos a salir. ¿Te parece bien cenar en ese restaurante que me comentaste el otro día? Te irá bien cambiar de aires y desconectar. Te quiero. **DANIELA:** ¡Qué tonta he sido! Debería habérmelo imaginado a los dos días de entrar a trabajar. ¡Era todo tan deslumbrante! **KEVIN:** No te agobies. Tú lo has hecho lo mejor que has podido. Los incompetentes son ellos. Besos.

## ROCÍO GARCÍA

### La piel de Eros (II) Raúl Martín

*Acto I. La mañana se desperezaba arropada por el frío, bajo el último canto de las gaviotas y el primero de la sinfonía urbana que se regodeaba en oprimirlo. Las piernas se inquietaban bajo sus recubrimientos y corrían raudas a impregnarse del aroma a café, tras hacer una rápida parada de emergencia en el baño. Aquellas mañanas tan poco luminosas eran un regalo para una mente aún más agitada que los pies que la sostenían. Tenía la elección de soltar amarras en la red mundial de turbulentas y traicioneras aguas de la información para que desfilase un día más ante una mirada pasiva cómo la canica azul repleta de un demente inquilino se extraviaba hacia un abismo controlado por la gravedad, y de una sutil estocada estropear tan corto tiempo de grata existencia. También, como segunda opción, la de navegar por el mar de la tranquilidad, reservada, ociosa. E incluso podía, sabía, ¡debía!, no navegar, pues grande es el peligro de naufragar, sea en un mar ideado, en el océano de la creación, o bien en el neblinoso de la propia consciencia.*

*De todas formas debía darse brío si quería alcanzar el primer tren de la mañana, pero antes había que lucir todo lo cercano a la perfección de un halo de apolínea brillantez. Tras escoger los pantalones que simulaban mejor haber pasado por el calor de una plancha, se enfunda en su blazer azul marino, una reliquia desgastada y descolorida al que la nostalgia, la conveniencia y, sobre todo, la necesidad habían hecho perdurar en el fondo del armario. Sólo faltaba el anillo de sello. Esa sí que era una auténtica antigualla: regalo de un pasado cuyo minúsculo e indiferente mundo, enmarcado en un armónico orden, había sido posteriormente violado por la luz cegadora que estuvo aguardando paciente en el exterior de la caverna donde tan a gusto hubiese convivido con el engaño que le sometía constante. Su coste obscuro sobrepasaba con creces sus ganancias anuales. Grabado sobre el oro blanco, el monograma circular de la familia se hallaba cercado por un ouroboros de diamante negro, ofreciendo al conjunto un aspecto soberbio y atávico, amenazante incluso. Estaba dispuesto a esgrimirlo en una ocasión como la presente, pues le ataban las palabras que una vez se jurase a sí mismo y a cuantos dioses habitasen el éter de que, cuando fuera menester, la nobleza de sus acciones resarciría todos los agravios que esas letras inscritas hubiesen perpetrado desde el albor de su creación.*

*Una punzada nerviosa desbarajusta sus manos mientras introducía el diario junto con algunos viejos libros en la mochila, cayendo éstos con el escándalo de sus hojas al viento. Podía adelantar cómo un sudor frío comenzaría a*

*brotar temeroso y la lengua se quedaría adherida a un paladar seco. El destino aguardaba, pero granjearse la anuencia de una más que escurridiza náyade no era una prueba fácil de enfrentar: sin embargo no quiere hablar de conquista. Prefería visualizar en su mente aquel encuentro futuro como el de un idilio, sin más vencidos que los sometidos al omnipotente amor, sin otro escenario que los densos pinares cuyo verdoso manto les aislase del arrullo mundano. No quiere hablar de conquista. No hay más botín que la herencia compartida de su entendimiento mutuo, ni un expolio distinto que el de las respectivas ropas, ofrendadas al frío suelo. No quiere hablar de conquista, porque ello crea amos y esclavos.*

*Un último vistazo en el espejo antes de salir. Todavía esperaba el momento en que saldría de esta caverna más compleja y luminosa, pero, mientras tanto, tenía que continuar observando las sombras de otra realidad. Evita, como acostumbra, el siniestro ascensor que, para su sorpresa, no estaba hoy fuera de servicio. Espera antes de entrar en el rellano a que la luz verde de paso se encienda, y la puerta de entrada se abre ante él, arrojando una claridad cegadora. Camina hacia la estación con cierta presteza intentando desentumecer las extremidades y calentarlas para aliviar la insistente cojera helada que se negaba a abandonarle. Volvía a confortarse con la evocación de aquella joven nacida entre lejanas estrellas, de su chispeante mirada, de su voz clara y decidida, como la de una soprano entonando su aria más pasional. Esa ternura que le había dado consuelo, que le abrazaba por las noches y conseguía eliminar el vacío que exudaban las paredes del entorno. Sin embargo, como le fuese sucediendo cada día hasta adquirir una naturaleza crónica, ese otro recuerdo, oscuro, funesto, aquel cuyo odio sólo puede ser capaz de haberse producido desde el amor, lograba de nuevo abrirse paso por sus costillas: ese nadie, por quien en el pasado habría incluso ofrecido su vida. Evitaba pronunciar su nombre siquiera mentalmente, temiendo que fuese invocado. Padre de su patria, precursor de su caída, puñal clavado en el vientre. Iluminado de pacotilla a la postre, retratado entre las páginas del diario grabadas a fuego en su recuerdo.*

*«Noche. Fría. Alienante. Sólo en noches así pueden ponerse por escrito vivencias de este calibre: asistí a su primera epifanía durante mi trayecto entre los aularios del campus. Ataviado de un nutrido séquito, que en adelante se descubriría como caterva autómatas, derramaba delante del pórtico la miel que el auditorio relamía en sus oídos. Aquellos infelices se sentían parte de una sabiduría divina que les estaba vetada, fascinados por el vigor y la potencia de su argumentario; y en cuanto a ese personaje, no tardó en concederme el dudoso honor de dirigir hacia mí su curiosidad de doble filo. A partir de entonces, gocé como discípulo suyo de la ambrosía devorada cada noche, maravillado por dar rienda suelta a capacidades tan renombradas por el maestro. Formar una intentona de culto misterioso fue cuestión de tiempo. Sus ritos pretendían expandir las limitaciones de nuestras mentes, para lograr con ellos comprender la informe amalgama de la existencia. Y, como la tarea era en verdad ardua, el maestro dictaminó la necesidad de un vehículo en el que poder acceder a la verdad, de un reactivo que nos encumbrase sobre las mediocridades sistemáticas del razonamiento. Recurrimos entonces a una tenebrosa llave, empleada en mayor medida en aquellos lares a donde se encaminan quienes han perdido el gusto por la vida o quienes ya no soportan más su peso. Falaz obsequio. En sus comienzos se reducía a un flirteo con elementos que abrían modestas aberturas, ventanas a vías deconstruidas más allá de la servil percepción. Esa fue la tea que acabaría incinerando todo lo puro que alguna vez habitó en él; y por desgracia también en mí. Los senderos descubrieron agujeros oscuros volcados sobre profundas simas, en donde nada benévolo crecía.*

*Pero la luz siempre se abre paso. Aunque sea momentánea. Aunque inflame las retinas. Y el tiempo, al final, consigue desvelar todos los misterios, expulsándote a la crudeza de la realidad más hiriente. Desgarró las costuras del encantamiento mitómano que aquel supuesto vate había recreado, dejando al desnudo las vergüenzas de una pantomima infecciosa. Otro espectáculo más de sombras. Pero ya era tarde, la mácula de aquella vida ya devenía en maldición difícil de exorcizar, y, secado el flujo hipnótico que había adormecido a ese monstruoso titán prisionero de nuestra psique, al mismo tiempo que lo alimentaba, éste comenzó a golpear con fuerza mi alma tratando de hacerla trizas.»*

*Cuando la familia supo de su meteórica bajada a los infiernos, dictó sentencia sin preámbulos, con la frialdad y pragmatismo nacidos de una indiferencia que cabría esperarse, ya que se desconocía por completo la profesión de amor, ni tan siquiera entre sus miembros. La imagen estaba destinada a vencer siempre a la piedad, de modo*

que, una vez neutralizada toda actividad digital que pudiese realizar sobre cuentas personales y reescrita cualquier información que le vinculase con posibles armas que dirigir en su contra, se realizaron los preparativos para integrarle en uno de esos programas psicológicos que ofrecía, en armonía y concierto estatal, una filial dependiente del conglomerado empresarial, heredado y ampliado con cada nueva generación desde lo que parecía ser el inicio mismo de los tiempos. Bajo el pretexto de reinsertar en la sociedad a millares de jóvenes “con graves y extremadamente peligrosos problemas de conducta”, tales como adictos, asesinos y violadores, esto es, escoria de la peor calaña que recibía una oportunidad para no acabar metamorfoseado por la diosa Justicia en un número asociado a una próxima celda carcelaria, empleaban una innovadora metodología, mezcla de diversas corrientes del psicoanálisis, del conductismo o de la anteriormente vilipendiada y ahora insigne reestructuración cognitiva, en efecto no falta de polémica, pero muy aceptada en los últimos decenios en vista de sus asombrosos resultados. Por supuesto esa era la versión oficial. Neuromodulación, brillante y pulido término que alienaba la crudeza encerrada tras su larga retahíla de letras terminada en un vistoso tono agudo.

Multitud de conversaciones captadas al vuelo entre algunos de los cabecillas de la familia dibujaban una realidad ciertamente diferente: jóvenes pertenecientes a clases bajas y marginales, muchos de ellos desatendidos por su propia progenie, en ocasiones desbordada ante la siniestra evolución de sus hijos; víctimas del abandono del sistema, criados en el sobreestímulo y el hedonismo inmediato y fugaz, perdidos en el laberinto de sus vidas sin la guía de un hilo del que poder asirse, desesperanzados y ansiosos y furiosos. También adultos, pero menores ante el imperio de la ley, tras ser incapacitados judicialmente aduciendo a la clásica drogodependencia, supuesto estrella de una de las últimas reformas legales asesoradas por ya puede saberse quién. A todos se les integraba en el programa con o sin consentimiento paterno (puesto que existe esa otra patria velando incansable por todos), y mediante técnicas de la citada neuromodulación, secretas y patentadas, en las que nunca faltaba algún tipo de medicación de nombre tan difícilmente pronunciable que parecía extraído de una invocación mágica, se lograba rehabilitar al sujeto, e incluso, mejorar sus aptitudes, tras lo cual volvía de nuevo al rebaño coronado con un aura de decencia, docilidad más bien; eso sí, con un empleo asignado de antemano durante su estancia. Él por su parte trataba de no pensar en qué otra clase de proyectos se estaría utilizando este tipo de procedimiento. Así pues, el evidente lavado cerebral resultaba tan sutil en apariencia y tan rotundamente práctico para los agentes implicados, contando con que el descenso continuo de delitos cometidos, de las tasas de suicidios, la mejora en las relaciones familiares y la consolidación de la paz social serían algunos ejemplos de ello, que, aunque sus ecos más negativos resonasen con fuerza por doquier y el precio a pagar fuese la carísima pérdida de la innata libertad, la sociedad sólo observaba con narcisismo el reflejo cristalino de perfección que aquel programa les devolvía.

«Mañana. Rayando el Alba. Insomnio. Me negué con toda la energía que alimentaba la seguridad de saber que no se arriesgarían a exponer mi lamentable suerte si no obedecía su mandato, pero también sabía que no encontraría disposición alguna de aguantar la carga compartida de la desgracia ajena. Desheredado y expatriado, expulsado de las nebulosas cimas olímpicas hacia el fango de la mortalidad, partí por una senda que ya en nada les concernía, mientras las lágrimas quemaban mis mejillas como fuego griego. Mi único equipaje, el soborno de una asignación mensual a cambio de mantener todo conocimiento sobre ellos en el silencio de la complicidad y la conjura, y la amenaza subsiguiente en caso de no hacerlo, más ofensiva si cabe, pues ya había renegado por completo de la estirpe. Sinceramente, al dinero no le hacía ascos, tan sucio e inmerecido era para ellos como para mí. Me serviría del imprescindible para sobrevivir y el resto sería donado como ayuda allí donde fuese necesario reparar el daño que hubieran causado, sólo conocido por unos pocos. Traté acto seguido de remendar algunos trozos raídos del tapiz de la existencia que hasta entonces se me había tejido, pero yo no tenía la mano experta de las indomables hilanderas, y poco pudo recuperarse. No obstante, el ánimo no decayó; si se me había condenado al castigo del olvido de mi memoria, crearía una nueva desde las cenizas de su destrucción.»

En efecto, se acomodó en una económica colmena de uno de aquellos antiguos barrios obreros, monumento de otra época ya pasada, lejos de ser calificada como dorada, y condenada ahora a la degradación del olvido forzado a causa de resultar algo inconveniente, incómodo, para el conjunto de la comunidad. Un habitáculo hacinado, destartado y carente de mano amiga, al que se dispuso con ánimo a resaltarle todas sus virtudes ocultas, tal

vez en una búsqueda de las suyas propias. Encontró un humilde empleo en una coqueta cafetería de nombre Kolchida, denominación de irrespetuoso afán de transmitir genuina originalidad manteniendo las señas identitarias en las que pudiera reconocerse sin dificultad la marca empresarial presente por doquier, aunque de temática en verdad atractiva para él, pues evocaba lugares distantes, más allá del profundo piélago, donde aguardaba el objetivo, el premio de oro a conseguir gracias a valores como el del trabajo en equipo, la superación, el empleo de todo recurso disponible para conseguirlo... una buena metáfora socioeconómica de propaganda, sin duda. En todo caso el trato recibido era respetuoso, los colegas de gremio, tanto humanos como robots de servicio, amables, y el salario no mataba de hambre. Los hados parecían asistirle benévolos. Puede que el aroma de la felicidad incipiente fuese lo que atrajo al lobo, que regresó al acecho de la antigua presa escurridiza. Le asistió el valor de rehuir las aladas palabras de buitres que trataban de arrastrarle de nuevo a formar parte de la execrable manada y otorgar el afrodisíaco de su atención, así como el valor de girar sus talones con el conocimiento de si mismo como armadura y, fundido en la espesura de la urbe, desaparecer sin volver la vista atrás. \*\*\*

**Continuará...**

**NO ME GUSTAN  
LOS LUNES**

Era un día de enero de 1979 y yo me encontraba junto a la banda en Atlanta, Estados Unidos, para grabar una entrevista en una radio de un campus universitario. A media mañana, a los de la radio le llegó una noticia que informaba sobre un tiroteo ocurrido en San Diego. Poco después, mi compañero Johnnie me dijo "hey, Bob, mira esto...", cuando pasaban por la tele las imágenes de esta niña de dieciséis años, rodeada por policías y una multitud de periodistas que le preguntaban por qué lo había hecho. Ella simplemente les contestó que no le gustaban los lunes. Fue entonces cuando se me ocurrió lo de "...tell my why, i don't like Mondays...".

Al fin y al cabo, ¿a quién le gustan los lunes?

El tema se convirtió en un éxito de la noche a la mañana. Sonaba en todas las radios y nos volvimos rápidamente ricos y famosos. Ahora, más de cuarenta años después, cuando miro a mi alrededor, todo lo que tengo se lo debo a aquella canción. Pero todo esto tiene un precio que tengo que pagar cuando me acuesto por la noche y me quedo a solas con mis pensamientos y mis demonios.

**Francesco Profilo**

# Cíclope Ciego

AÑO 1 F. D.C.\*

Abandonar la matriz, eso es migrar; salir del espacio conocido, de la zona de confort donde todo nos ha sido dado por determinación previa, y de lo que nos hemos servido con intencionalidad acometida. En ese abandono voluntario uno circuncida la memoria y comienza a implantar otras experiencias, en otras calles bajo otros esquemas. La vida pasada se cristaliza en las pantallas, y llega a cada rato una nostalgia líquida, un recuerdo hecho muletilas; la cacofonía sorda del presente incierto y riesgoso ante un pasado que lo recordamos con cariño, y ahora tranquilo. Romper la matriz tiene muchos beneficios. A mí me ha hecho buscar, y en el proceso personal de buscar encontré elementos que he asumido, porque me han ayudado a despojarme y a reconstruirme. Uno concientiza, al fin y al cabo, que es su propia herramienta, y, como tal, aprende a arreglarse. Desde la ruptura de la matriz cada día ha sido un nuevo día, y eso es aterrador y asombroso a la vez.

Cuando salí de Cuba dejé todo, y dejé también una parte de mí, y de todos, para tener algún motivo por el que regresar. Regresar, ya en mi caso, tiene otro modo, y no asociado con la corporeidad, sino en traer al pensamiento escenas, personas, objetos, emociones y formas. En sí, uno sale de Cuba, pero Cuba se mete más adentro. La nueva patria que nos crece nos arrastra cuando se revuelve ante lo indigno, y desde el poder la linchan. La nueva patria que corre en las venas es una cárcel de sentimientos y angustias; un puente invisible, una puerta que abre hacia adentro, de bisagras oxidadas que chirrían sobre sus goznes anclados. Contradictoriamente, en la lejanía uno halla cercanía, se identifica más con la vida anterior, con el país, y lo que padece su coterráneo. Uno se vuelve agudo crítico, observador pasivo/activo, cancerbero de la cultura autóctona, aborrecedor compulsivo de lo que se considera hoy la revolución cubana.

Salir me ha dado una relativa libertad física, y mayor fortaleza mental para saber determinar con más agudeza a qué pertenecer y qué rechazar. Pertenezco a una institución que ha sido un nuevo puntal para mi crecimiento. En las calles he ido tropezando con gente buena y gente mala que carga igual que yo dolencias personales, regionales y también universales. He logrado quedarme en el corazón de un par a los que puedo llamar amigos. Tengo colegas de trabajo y estudio que son excelentes personas y profesionales. Tengo algo concreto que hacer que sumará otra voz más al sobrepeso del discurso. Tengo varios objetivos y una metodología establecida para cada uno en particular. Entre lo más importante, el amor hacia una mujer especial engrasa la vieja maquinaria de besos y caricias que uno deja a veces sumergir al fondo de lo cotidiano, y la esperanza de la reunificación familiar bien cerca.

Siempre que conozco a alguien nuevo, que es casi cada día, me pregunta sobre ser migrante. Yo cada vez confirmo que el momento más difícil de emigrar es el primer minuto en que se sale de tu país, la primera hora, el primer día, la primera semana, el primer mes, el primer año, y la única vida. Aquí he llorado en corto, a quemarropa, muchas ocasiones, como un niño maltratado; en otras he reído como un verdadero sinvergüenza. Pero no es fácil. Nunca es fácil; solamente uno aprende a sobrellevar las viejas heridas de la tierra. A veces para brincarlas, en mi mente hago una fiesta de cumpleaños para sonreír, como hoy, y continuar bailando, aunque los sentimientos encontrados apaguen las velas del pastel y rompan a lo lejos sus piñatas. Por lo pronto me presento agradecido con lo que he encontrado aquí en Sonora, y en México en general; también por lo que he encontrado hurgando lejos en mi país. En este primer año de la nueva vida solo quiero dar al universo, Dios, Orula, Obbatalá, la Guadalupana, y todo lo que exista, las gracias.

\*F.D.C. - Fuera de Cuba

**Víctor M. Válido**

# La discreción ante todo

Mauricio Abal

Hacía unas dos o tres horas que la Sra. Jones y su hija Molly estaban sentadas en el porche, la una meciéndose en la mecedora de mimbre, la otra bordando con delicadeza unas mariposas y unas flores en la falda de un vestido, cuando el Sr. Desmond apareció por el camino. A los ojos de la Sra. Jones, daba la impresión de ir contrariado, y caminaba con paso veloz, como queriendo alejarse lo más pronto posible de algún lugar. Lo miró atentamente, se estiró desde su silla mecedora hacia donde su hija bordaba concentrada, y por lo bajo le comentó su extrañeza debido a la presencia del Sr. Desmond por este lado del pueblo.

—¿Es esto necesario? —le dijo la joven en tono de súplica.

Pero era demasiado tarde, su madre había comenzado a mecerse lentamente y, mientras acariciaba al gato que descansaba sobre su falda, se lanzó a un monólogo tedioso que tenía como objeto al curioso personaje que se acercaba por la calle.

—Ese señor Desmond no es trigo limpio. ¡Si yo dijera todo lo que sé de él, válgame Dios! Pero sabes bien, tú mejor que nadie, que no me gustan los chismeríos —apuntó buscando la confirmación de su hija.

La joven bajó la mirada e intentó continuar con lo que venía haciendo, pero su madre la interrumpió tomándola de la mano:

—Los hombres no son de fiar, hija. Nunca me cansaré de advertírtelo. No lo creerás ahora porque eres muy joven e ingenua, pero con el tiempo me darás la razón. Y un ejemplo de lo que te digo es justamente el Sr. Desmond. ¡Si no cómo explicas el sufrimiento de su pobre mujer! Es mi deber como madre mostrarte los peligros de la tentación y la maldad existente en el mundo. Incluso en este pueblo, porque no creas que por el sólo hecho de que la gente vaya los domingos a la iglesia y se confiese con el padre McKenzie, cubren sus miserias y lavan sus culpas, ¡no, señor!

Mientras la Sra. Jones hablaba, su hija observaba de reojo al hombre e intentaba mantener la postura de trabajo para disimular su tensión y el sonrojado de las mejillas. El Sr. Desmond avanzaba a paso firme. Llevaba un bolso de cuero y una valija marrón, que daba la impresión de ser bastante pesada.

—¡Míralo! —arremetió nuevamente—. De seguro anda en algo raro. Cada tanto voltea para mirar hacia atrás, como si se estuviera cerciorando de que nadie lo esté siguiendo o como si buscara retener algunas imágenes en la memoria... No señor, este hombre no es trigo limpio. ¡Y su pobre mujer! ¡Cuántos padecimientos debemos sufrir a causa de hombres tan ruines! ¿Sabes qué? Deberíamos invitarla a tomar el té una de estas tardes. Le vendría bien la compañía. Ella tiene apenas unos años más que los que tuve cuando conocí a ese hombre que nos dejó libradas a nuestra suerte y que no tiene ningún mérito para que lo llamemos tu padre.

Molly no emitía palabra y se limitaba a clavar la aguja, hacer correr el hilo e intentar cerrar el dibujo bordado. En su frente surgieron pequeñas gotitas de sudor que, de inmediato, secó con un pañuelo. Abrió la boca como para decir algo a su madre, pero no salió ningún sonido.

—Ellos se conocieron en uno de los bailes de primavera del pueblo —continuó la Sra. Jones— y desde entonces no tuvo paz. Siempre lo rondaron las mujeres porque, así como lo ves, ha sido todo un seductor. Se dice que estuvo con la hija del almacenero y la mujer del doctor Robert. Es más, escuché que en la actualidad frecuenta a una jovencita que podría ser su hija. ¡Solo disgustos, uno tras otro, le trajo a la desdichada mujer! Problemas con el juego, deudas que lo llevaron a hipotecar la casa y el remate de un terreno que la familia de ella tenía en las afueras... ¡Y jamás le dio un hijo! Aunque, por otro lado, Dios ha sabido resguardarla de una tarea que posiblemente no hubiera podido llevar a cabo. Porque criar a una hija, educarla, enseñarle valores no es algo fácil para cualquier mujer sola.

Al pasar frente a la casa de las dos mujeres, el Sr. Desmond alzó la mano a modo de saludo, sin detener su marcha. La Sra. Jones sonrió e hizo un gesto con la cabeza devolviendo la cortesía, mientras, entre dientes le dijo a su hija:

—¡Habrás visto tamaña desvergüenza! ¡Atreverse a saludar, así como así!

Molly no respondió al saludo. Tampoco al comentario de su madre. Se levantó de su silla, dejó a un lado el bordado, le dio un beso en la cabeza a su madre y entró a la casa, dejándola sola en el porche con el gato como único testigo de sus interminables comentarios. Antes de atravesar el umbral, giró para mirarla por última vez. Apoyó un sobre con una breve nota contra un florero sobre la mesa del living, tomó su valija y salió por la puerta trasera.

## **Autores Junio**

**Irene Guínez**

**François Villanueva P.**

**Jesús Miguel Martínez**

**M<sup>a</sup> Carmen Marruecos**

**Diana Huarte**

**Jorge de Santaella**

**Frey Yorke**

**Patricio Ghezzi**

**Kevin Legrá**

**Vicent Gascó**

**Antonio Ramírez**

**Yuleisi Cruz Lezcano**

**Fernando Larrauri**

**Guillermo**

**Carlos Ruíz**

**Pilar Abia**

## **Autores Julio**

**Francisco Álvarez Koki/Julio Torres Sánchez/Leticia Chaurand/  
Escribidor de sueños/Markos Manchado Mateos/Levine/  
Andrés Riquelme Peña /Darwin Redelico/ Ana Paulina Calvillo/  
Miguel Ángel Acquesta/Jessica Carrasco/Damián Andreñuk/  
Galvarino Orellana/Aldo Ramón Padrón Sosa /Reina Casals /  
Lara Fortina /Patxi Irdanguiren/Yuliana Lizárraga / Tomy /  
David García Alonso /Antonio Cano Lax /Larissa Araújo da Cruz  
Índigo /Jorge Etcheverry /Rubén Don**



**Tequerucho de Montijo**

Luis Mariano historias y pensamiento

Presenta

Sábado 13 de mayo 19h

**Aleatorio** de Daniel Collado Azorín

C/Ruiz 7, Metro Bilbao y Tribunal

Con

Escandar Algeet, Poeta y escritor Ana Bella, Cantante y Luis M<sup>a</sup> Compés, Presidente de la Asoc. de Escritores de Madrid

vista de creación

## Carta del editor:

Hola a todos. Vamos avanzando y a algunos ya les ha llegado la publicación, otros aún tienen que esperar. Para dar mayor cabida a los autores hemos ampliado la revista, otra vez, ahora a 44 páginas. Hay algunos autores que llevan mucho tiempo esperando pues presentaron pronto sus obras y éstas son largas, más difíciles de ubicar.

También es cierto que a algunos sólo parece que les importa la publicación de su

escrito y no la revista en sí. Creo que es un error, máxime cuando Revista Caminante es una revista viva, en la que podéis hacer sugerencias, enviar cartas, dando vuestra opinión, y consultar vuestras dudas. Vivimos del presente, y como un crisol caleidoscópico de temas, estilos y sensibilidades.

Además, algunos me habéis preguntado si podéis seguir enviando escritos y la respuesta es que sí, limitado a los que ya habéis sido seleccionados. No menciono a los que habéis enviado varias obras: quiero que todo el mundo tenga su primera vez con Revista Caminante, luego ya nos distendiremos. Mencionar el tema de los colores: hemos cometido algún error de ilegibilidad. Lo vigilarémos. Os pido paciencia nuevamente y que, mientras tanto disfrutéis de esta nueva entrega de Revista Caminante.

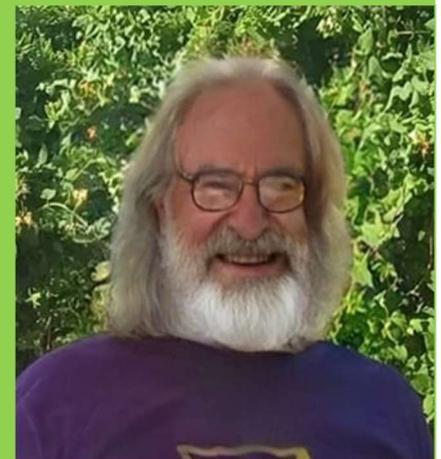
DANIEL COLLADO  
AZORÍN  
BIOARTIST

Daniel Collado Azorín nació en Madrid en 1970- Es diplomado en Educación Musical por la Universidad Complutense de Madrid. Es autor de seis poemarios: Ensueños de fría sombra (2012), Universo y corazón (2016), Cuaderno de León (2017), Antiguo, los poemas del cajón (2018), El cigarro de la cigarra (2018) y Alguien está en el silencio (2022). Tiene tres antologías de sus versos: Árbol de Líricas, Esencia, y Hermosía (2023)

En prosa tiene editados un libro de relatos, Todos eran mis alumnos (2007) y una colección de retales periodísticos titulada Lenguas de ocasión (2021). Tequerucho de Montijo (2022) es su tercer trabajo en prosa. Edita la Revista de creación literaria y gráfica Caminante. Ha dado numerosos recitales propios y con otros poetas y participa activamente en los micros abiertos de la ciudad de Madrid. También editó la revista Sentimientos invisibles.

Su página web es

[escritordaniel.es](http://escritordaniel.es)



# CAMINANTE

(Revista de creación literaria y gráfica)

A Daniel Collado Azorín,  
«bioartist» y editor de la *Revista Caminante*.

*Caminante* que caminas,  
y tiernos versos compones  
por las sendas de la vida  
perdiéndote por los bosques,  
hallas perfumes y chispas  
enredados en las flores.

*Caminante* de ilusiones  
leyendas de hadas y ninfas,  
las enredas en sectores  
de sueños, cuentos e insignias,  
de la mente sus galones,  
de los sueños accionistas.

*Caminante*, noble artista,  
pintas, retratas o escoges  
de las nubes o campiña  
sutilezas para un póster,  
y eres de raza castiza  
y sensibles emociones.

*Caminante* que desfilas  
por páginas sin borrones,  
de Daniel y de sus islas  
brotan versos y canciones  
y recorre el alma millas  
para aprender sus lecciones.



***José Luis***

***España***

***Sánchez,***

*filólogo y poeta.*



**Nuestros lectores están En  
España, Portugal,  
Marruecos, Francia, Italia,  
Reino Unido, Estados  
Unidos, México, Cuba,  
Puerto Rico, R. Dominicana ,  
Colombia, Venezuela, Brasil,  
Uruguay, Paraguay, Bolivia,  
Perú, Ecuador, Argentina y  
Chile.**

**450 lectores directos  
Pida su revista  
Espejocaminante  
@gmail.com**